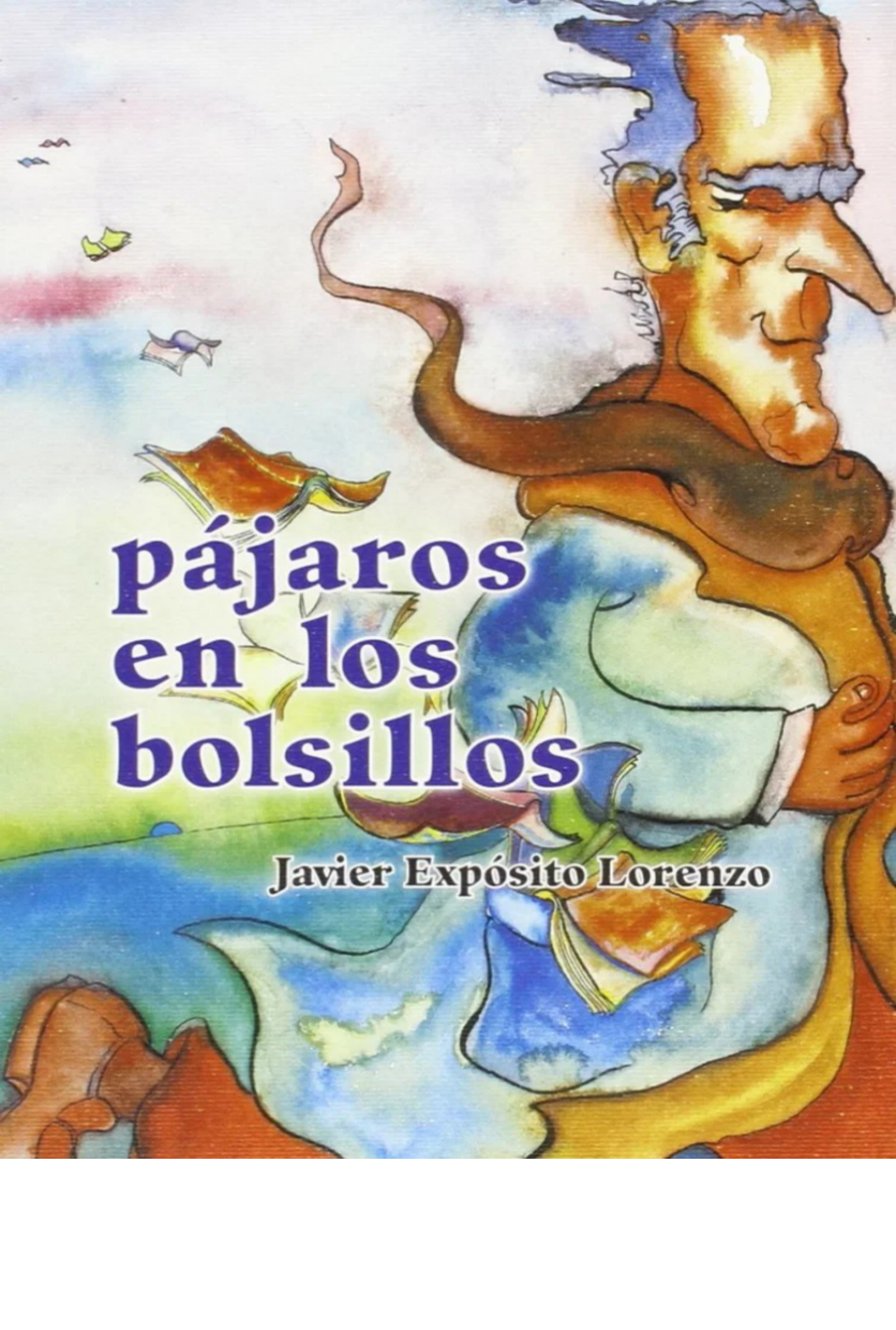

pájaros
en los
bolsillos
Javier Expósito Lorenzo

pájaros en los bolsillos

COLECCIÓN
Las Hespérides

JAVIER EXPÓSITO LORENZO

pájaros en los bolsillos



ESLES DE CAYÓN
2015

Colección al cuidado de
Fernando Gomarín

Santander, enero de 2015

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6. 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

ISBN: 978-84-946597-2-0

Índice

A modo de prólogo

He aquí un libro de cuentos. O quizás alguien diga que de microrrelatos, porque algunas de las piezas de *Pájaros en los bolsillos* son ciertamente breves. Da lo mismo. Lo grande y lo pequeño se prestan a infinitas conjeturas. La realidad es un lugar extraño. Un suceso dudoso. Un territorio incierto donde las proporciones suelen ser relativas.

En nuestras vidas, como en el Universo, también abunda la materia oscura. Es difícil saber lo que pasa. No es sencillo entender lo que ocurre a nuestro alrededor. Alguien debe contarlo. Hay que contarlo. Contar es acercarse, aproximarse, saber que nunca vamos a llegar. Es un riesgo. Javier Expósito sabe que es un riesgo y lo acepta gustoso. Es su trabajo. Lleva años embarcado en el proyecto de contar lo que pasa y no se ve, lo que no todos ven o pueden ver.

Sin embargo, hasta el día de hoy Javier Expósito solo había cruzado las líneas de la intimidad editorial con una especie de feliz rareza titulada *Más alto que el aire. Breviario para el alma.* Un libro de raíz espiritual en el que palpitaba la poesía sin ser un poemario, fluía la narración sin ser en puridad una novela (la de la propia vida) y había —como era inevitable— cuentos breves y leves.

Ahora estamos, al fin, casi una década después de ser escritos, delante de sus verdaderos cuentos, quizá no completos. Los cuentos que Javier Expósito cuenta (los cuentos que Javier Expósito escribe como disciplinado náufrago) podrían ser a veces poemas narrativos, notas de algún diario, crónicas de sucesos improbables, noticias de milagros que nadie ha presenciado. Los géneros se borran, las fronteras (al menos las fronteras literarias) acaban diluyéndose. He aquí un libro de cuentos. Da lo mismo el marbete o la etiqueta que queramos colgarle a este volumen.

Digamos que son cuentos más bien cortos, muy cortos, ultracortos, de acuerdo. Da igual. He aquí los mundos de Javier Expósito, las historias que ha sabido cazar al vuelo, lo mismo que a esos pájaros (pájaros incogibles) que le salen a Guille (protagonista del relato que da título al libro) de los bolsillos de sus pantalones.

Recorren estas páginas niños que ponen huevos y que viven ocultos, encerrados por sus celosos padres; mayordomos que entran y salen de los espejos como Pedro por su casa; hombres a los que traiciona su propia sombra; soldados desmemoriados; gente extraña… Sucedidos fantásticos narrados con precisión y economía, con una depurada sencillez. Porque Javier Expósito no pretende contarnos el mundo ni condensar la vida en un relato parecido a la vida como una gota de agua a otra gota de agua. Es mucho más modesto, más realista y por eso, paradójicamente, más fantástico.

No es casual que el autor encabece *Pájaros en los bolsillos* invocando, a través de las citas preceptivas, los nombres de tres maestros: Borges, Chèjov y Carpentier. El primero nos habla de la imaginación, el segundo de la verdad y de lo verdadero, el tercero de lo maravilloso, es decir, del milagro. Al autor de este libro le gustan los milagros (compruébenlo leyendo, además de este libro, *Más alto que el aire*), cree en ellos, sabe que son posibles, no dudaría nunca, por ejemplo, del milagro de *Milagro en Milán* que nos contó en el cine Vittorio de Sica. Los milagros de Totó son posibles y el autor de este libro lo sabe. Por eso nos los cuenta.

Hay mucha libertad en este breve libro. Y muchas paradojas. Y mucha magia, como la de esa mujer asesinada con una pistola sin balas, un día sin calendario, delante de los hijos que no ha tenido aún. El cuento nace y crece, en unas pocas líneas, igual que un fuego súbito. Javier Expósito, hombre de fe, náufrago esperanzado, ha conseguido con el viejo utillaje de la lengua y su imaginación fecunda, regalarnos unas cuantas historias que van a conmovernos. He aquí un libro de cuentos. Léanlos. Créanlos. Disfrútenlos.

JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA SOTA

A María, por sus alas de luz, mi amor.

A Eri, hermana de alma, que creíste en mí
desde el principio, mi eterno recuerdo.

…Y ahora, diez años después… a mi querida Patricia,
por lo que ella y la Providencia saben…

…Sin olvidar la generosidad inmensa de Amelia de Paz.

«Lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de sus inadvertidas riquezas».

ALEJO CARPENTIER

«…de las diversas felicidades que puede ministrar la literatura, la más alta era la invención».

Examen de la obra de Herbert Quain. JORGE LUIS BORGES.

«No imagines sufrimientos que no hayas experimentado y no dibujes cuadros que no hayas visto, pues la mentira en un cuento es mucho más aburrida que en una conversación».

Consejos a un escritor. ANTON CHÈJOV

Génesis de Dios

Y la luz, se hizo.

Juan Gallina

Juan nunca salió del granero. Sus padres, vecinos nuestros, le tenían encerrado a cal y canto porque no querían que nadie en el pueblo se enterara. De pequeños, mi hermano y yo nos escapábamos de clase para verlo, recorriendo un pasadizo que habíamos cavado bajo el vallado de separación de las granjas. Acurrucado en su nido, Juan temblaba, sonreía, y piaba un poco al advertir nuestra presencia. Nunca dijimos nada a los mayores, sólo nos mirábamos con tristeza cuando la madre de Juan llegaba a casa y le traía a la mía los huevos que religiosamente pagábamos. «¿Os ha hecho algo la tortilla?, ¿por qué no mojáis la yema?», solía regañarnos mi madre viendo que no tocábamos el plato. Nosotros, niños que éramos, nunca entendimos que tuvieran a Juan encerrado en el granero sólo por poner huevos de vez en cuando.

La eterna vida de Juliancito

A Juliancito le revelaron la vida eterna una mañana de diciembre en que se moría su abuelo. Aquel cura le separó de sus perros, le puso la mano en el hombro y le llevó al rincón de la estufa para asegurarle que la vida no tenía fin. «Se acaba, y empieza otra, así de fácil», le aclaró al sorprendido crío. Y ya sabemos de la creencia e impresionabilidad de los niños. Juliancito se pasó la agonía de su abuelo susurrándole al oído que, si se moría, no pasaba nada, porque el señor de negro le había dicho que se acababa esta vida y empezaba otra. Y el abuelo miraba sin pestañear al cura administrándole el viático y luego a Juliancito mientras por la boca entreabierta se le iban ronquidos de vaho. Por eso cuando su madre le anunció que el abuelo había muerto, Juliancito le dijo a su madre que no. Durante el velatorio y hasta que lo metieron en el féretro, le abría los ojos al anciano cada vez que alguien llegaba y se los cerraba. Luego sufrió lo indecible viendo a unos hombres descolgar muy despacio, a lo más profundo de una fosa, la caja en la que iba su abuelo. «De ahí no va a poder salir», le decía Juliancito a su madre viendo la caja de madera perderse en la oscuridad. «Ahí estará bien», le replicaba ella. Pero Juliancito, que veía asentir a los mayores en misa siempre que el cura les sermoneaba, no dudó de la palabra de aquel hombre bruno como los cuervos. La vida se acaba y empieza otra, recordaba la confesión del cura. La misma tarde del sepelio, después de marcharse todos, Juliancito se puso a excavar la tierra aún blanda del cementerio. Una vez dio con la caja en la que habían metido al abuelo, golpeó dos veces con los nudillos en la tapa, y se acuclilló dentro del agujero que había abierto a la espera. Al crepúsculo, con la primera gran nevada de diciembre, acudió la agitación a la casa de Juliancito, aunque hasta bien entrada la noche no salieron a rastrear el campo, con la nieve a la altura de las rodillas. Fue de mañana, nada más soltar los perros de Juliancito, cuando la madre vio que trotaban como poseídos hacia el cementerio.

El último guerrero bunzu

Nadie que haya visto un guerrero bunzu puede olvidarlo. Cuando los holandeses llegaron al sur de África y establecieron contacto con las tribus del Zambeze, éstas les narraban historias de cómo los bunzu arrojaban sus lanzas hacia el sol y en su caída traspasaban la cabeza del enemigo en una vertical perfecta clavándolo al suelo. También les contaban relatos de jóvenes bunzu que, sólo ayudados por sus manos, se ganaban el derecho a ser guerreros luchando con leones a los que devoraban sus testículos una vez cazados. Los bunzu eran una tribu que cazaba con cuchillo los abundantes cocodrilos del Zambeze, colgándoles luego en tiras que secaban al sol. La agudeza de su olfato y oído, equiparables a los de una gacela con la fuerza de un rinoceronte, hizo que todos les temieran, aunque al nacer llorasen como cualquiera de nuestros niños. Mantuvieron a raya a zulúes, hotentotes, incluso a los böers, rechazándolos hacia Orange y Traansval, donde las madres acostaban a sus hijos amenazándoles con *¡qué viene el bunzu!*

Pero fue poco antes de las recientes guerras zulúes, cuando la fama de los bunzu se extendió por la vieja Europa como una maldición o un mal bíblico. Ocurrió tras la aniquilación del General Cunningham y sus dos mil hombres, en una derrota del todo obviada en los anales de la Historia militar. Uno de los rastreadores del General descubrió el poblado bunzu a un día del ejército, pero al levantar la vista de sus prismáticos recibió una lanzada que penetró por su ojo derecho y salió por el cogote. No pudo alertar a Cunningham, y saltando como leopardos de los árboles, los bunzu colocaron las cabezas del General y los chicos de la Reina Victoria en hilera a lo largo de un sendero, como migas de pan que guiaron al siguiente ejército a otro exterminio mientras recogían las cabezas de sus compatriotas. Después de sucesos tan tristes, los más catastrofistas proclamaban por las calles de Londres que los bunzu serían los primeros invasores de las Islas Británicas desde los normandos. Por supuesto, no ocurrió así. Volvieron

junto al Zambeze, y al no ser necesario nombrar en los mapas aquel diminuto territorio irreductible en el Sur de África, no fueron molestados durante años. Quedaron en el olvido, hasta que unos soldados británicos descubrieron diamantes en las riberas del Zambeze. Muchas mujeres bunzu fueron capturadas en el río. El mando inglés evitaba el choque directo, y a la noche, dejaba a las puertas de los poblados ropa u objetos infectados de tifus o malaria esperando que hicieran su trabajo. Al poco, los bunzu ya no representaban un peligro, y los británicos pudieron hacerse con los diamantes. Aunque hay quien asegura su exterminio a causa de estas epidemias, los militares creen que los supervivientes se integraron con los zulúes, desangrándose en sus guerras. Todos afirman que no quedan guerreros bunzu, que no volverán a danzar antes del combate en torno al fuego, lanzando al viento el grito de *bunzu bunzu* con el que ahuyentaban a sus enemigos.

No digo que no, pero mi criada favorita, la que capturé en la orilla del Zambeze, y tras licenciarme traje a Inglaterra, es una espléndida *bunzu* de porte atlético y relieves profusos. En las noches calurosas, se sienta en una mecedora frente a la mansión, mirando hacia la ventana abierta de mi alcoba, mientras le canta al niño que acurruca en su regazo historias de antepasados. Por eso, temo el pasar del tiempo. Con cuatro años, el niño rompe de una pedrada una botella a cien metros, y luego me mira, arrogante, retador, con esos ojos verdosos que me son tan familiares.

Cuestión de familia

Mi hijo siempre tuvo una inquietante capacidad para fantasear a decir de su madre. Un día nos anunció que preparaba una expedición al centro de la Tierra con algunos compañeros de clase. Le escuché sin pestañear, aunque su madre perdiera un poco la compostura. Necesitaban comida, brújula, un bloc para anotar los descubrimientos de nuevas especies y alguna escopeta. Su madre empezó a vociferar que no sabía a quién había salido ese niño, aunque, para entonces, yo ya estaba ultimando los preparativos, esperando con ilusión el día en que comenzaríamos la marcha.

La mala uva de Andresito

De Andresito siempre han dicho que tenía mal vino. Acostumbrábamos a comer en un restaurante cerca del trabajo. Una de esas sobremesas se la pasó poniendo de higos a brevas al personal. De postre, como ya estaba muy pesado, pide Andresito una macedonia, y le traen una con buena pinta, coronada por una uva gorda y de morada casi negruzca. Por la cara de Andresito deduzco que no es de su gusto, inflada y flotante sobre el jugo amarillento, aunque la haga ascender redonda como una garrapata atiborrada, retozona en la cuchara, reventándola dentro de su boca. Es entonces cuando los dientes de Andresito dan con las pepitas, y empieza a escupirlas sin pudor, hasta reconocer que se le ha ido una por la rendija de un molar a la garganta para terminar en su estómago, porque me dice que ha sentido la pepita en su barriga como si una piedra hubiera tocado fondo. Nos levantamos, traen la cuenta y Andresito esgrime la misma cara de mala uva que si estuviera masticando las pepitas. Me asegura que no volvemos a ese restaurante, que son unos roñosos, que cómo le colocan en la macedonia una sola y maldita uva. Le digo que es un detalle, para que quede bonito, pero él erre que erre, que si se sirve algo tiene que rebosar, como las sopas al borde, las guarniciones de patatas cayéndose del plato o los helados derritiéndose sobre el cucurucho. Tampoco es para tanto, le respondo, pero Andresito se enfurece. A que a ti te gustan las mujeres con las tetas rebosando el sujetador y las bragas apretando las nalgas, me dice, y como me quedo callado, suelta que por eso le da por culo que le pongan una sola y maldita uva en la macedonia. Así nos despedimos.

A los siete días le llamo al trabajo y me dice un compañero que no ha ido, que tiene gastroenteritis desde hace tres días, y noto una voz de alivio, como si anduviera orando porque Andresito no regresara nunca. Telefoneo a su casa, me dice que se va de varillas y se está hartando de la acidez del limón. Me digo que si no quieres caldo toma tres tazas. Si es que no puedes tener tan mala uva, le reprocho, y me grita no sé qué del hijo de una ramera colgándome. A la semana siguiente le vuelvo a llamar al trabajo, y me comentan que no saben por

cuánto estará de baja. Llamo a casa de Andresito, y con voz densa, casi terrosa, coge el teléfono y me ruega que pase a verlo.

Voy a la tarde, me pongo al lado de su cama, y por lo que atisba mi vista bajo las sábanas la cosa no pinta muy bien. Confiesa que después de la gastroenteritis pensó en un constipado fuerte, luego una gripe, hinchándose a beber agua y a arroparse con sábanas y manta; pero a más agua y calor, más dolía aquello que se le había incrustado en las entrañas. La habitación de Andresito me olía a tierra roturada, casi diría que recién revuelta. Se sube la camisa del pijama, enseñándome un tripón de chinche preñado que echa para atrás, naciéndole de la barriga dos protuberancias romas y duras que parecen cuernos de ciervo. Supongo que no le perforarán la piel a no ser que estiren demasiado. De vez en cuando, Andresito lanza un aullido y se le levanta el espinazo de la cama, su estómago igual que un erizo a punto de echar a rodar. Me pide que no me vaya, tiene que venir el médico, le ha recomendado que haya un familiar suyo. Como no tiene a nadie cercano, me ruega que hable con el doctor; sólo será escuchar resultados de análisis, radiografías, endoscopias y un largo etcétera que Andresito desgrana con naturalidad.

Llega el doctor y me lleva a un rincón. «El asunto tiene mala resolución», me comenta en voz muy baja. «Andresito hizo mal en beber tanta agua y echarse tanta manta encima. Le ha dado alas». «¿A qué le ha dado alas?», le interrogo con auténtica curiosidad al doctor. «A las raíces», me contesta, «las ha hecho crecer rápido y se han agarrado bien». «Ya», me quedo pensativo, «a las raíces…», y añado, «…del mal», supongo. «Bueno, sí, del mal… a las raíces… de la vid», me clarifica el doctor. «Vid, ¿qué vid?», le suelto a bocajarro. «La que tiene dentro», observa el doctor sacando una radiografía para ponerla a contraluz. Desde el rincón donde estamos, miro la radiografía, y contemplo a Andresito echado en la cama, con la mirada perdida en el techo, ajeno a esa trepadora que le ha salido en la barriga, y me acuerdo de la macedonia, de la uva, de las pepitas. «¿Qué podemos hacer doctor?». «Dos cosas», me dice el matasanos: «bien dejar que la naturaleza siga su curso, bien extirpar.» Vuelvo a mirar a Andresito desde

la oscuridad en la que me encuentro, su cara encogida por un retortijón, y pienso que esas dos ramas que sobresalen de su barriga tienen que ser molestas. «La extirpación sería de urgencia, le trasladaríamos ahora mismo al hospital, no es seguro que nos libremos de las raíces, pero parece lo más sensato», continúa el matasanos. «Ya sé, doctor», asiento. «Tendría que dar permiso su familia, pues al paciente no podemos decirle la verdad de un caso como éste», afirma rotundo el doctor. «Ya, comprendo», y le explico que no hay nadie de su familia por aquí. «Pues entonces tendrá que hacerse responsable usted», me insta muy serio.

Miro a Andresito, con su tripa rebosante de fertilidad, magnífico viñedo a punto de dar fruto. «¿Y qué me dice respecto de la primera opción, dejar que la Naturaleza…?», digo tímidamente. «Habrá que decidirse por el cultivo a espaldera o en parra», sonríe cariñoso el doctor. «Le dolerá, no le quepa duda, pero para septiembre, si la cosecha va bien, tendrán una excelente recogida de uvas». «Bueno», le confieso al doctor, sin perder de vista a Andresito, «lo cierto es que a él le encantan las uvas». «Entonces usted dirá», se queda esperando el matasanos. «Sólo una cosa más, de lo visto por las radiografías doctor, ¿cree usted que serán negras? Me han dicho que las uvas negras suelen dar buen vino…».

El jardín de Laila

Tritura pájaros con la mano, lo hace desde que no sabe de Laila. Sale a la terraza, hace un camino de migas sobre el suelo de baldosas hasta su mano, y espera una, dos, tres horas, a veces tardes enteras, sin que se oiga un aleteo, de la misma forma que ha aprendido a ser paciente aguardando un teléfono que no suena. Usa una técnica depurada; se tumba, extiende boca arriba la palma junto al camino de migas y aguanta en la entrada de la terraza sin mover un músculo. Los pajarillos han de ser tempraneros, como lo era Laila en sus citas, y tienen que tener la pechuga musculosa, el plumón terso, los huesos leves y la curiosidad necesaria para aventurarse a picar la miga, confiándose a la palma surcada de líneas, a la codicia de un pico que les traiciona cuando cierra su puño y aprieta como si reventara nueces. A veces, cuando tiene suerte, sus dedos se embadurnan de sangre, y entonces desea más que nunca el vibrar del teléfono, y a Laila invitándole a su jardín lleno de pájaros. Pero ocurre que los pájaros se evaden del jardín de Laila, como la llamada que espera tumbado entre la terraza y la cristalera abierta, con la mano extendida al final del camino de migas. Un gorrión despistado cruje, como crujirían las caderas de Laila. Y la ve, a lo lejos, mostrándole el jardín donde su mano no es peligrosa, ese jardín repleto de alas donde nunca ha pisado.

Supe, por mi mujer

Que August, el mayordomo, salía y entraba por los espejos de casa cuando le venía en gana. A veces lo hacía por el del baño, otras utilizaba el de pie del pasillo, de cuando en cuando atravesaba las lunas del armario dispuesto en nuestro cuarto, y en ocasiones se empequeñecía y descolgaba de los espejos de mano que guardaba Mirna en sus bolsos. Era en ésas cuando August fisgoneaba los pintalabios, el perfume y la cajita de maquillaje, aunque siempre terminara cogido a la mano de mi mujer para que lo sacara del bolso. El bribón de August se refugiaba en la concavidad de la palma hasta llegar a nuestra alcoba, y allí, después de obsequiar a Mirna con pequeños bocados, aumentaba su estatura, huyendo por la luna del armario cuando yo acudía vertiginoso al oír los gemidos de mi esposa. Nunca tuve manera de adivinar por cuál de los espejos iba a aparecer August, si no le hubiera despedido sin duda.

El trastero de la sonrisa

De vez en vez, no podía evitar quedarse mirando a su abuelo como el conejo mira al lince, acorralado por el hechizo de su sonrisa. Erguido en la silla de boj, de espaldas a la ventana del jardín, con los Maestros de Nüremberg acariciándole las grandes orejas escondidas bajo las ondas plateadas de las sienes, colocando con un pulso ajeno, por firme, unos rosetones en su maqueta de la Catedral de Colonia. «Deja que el color se desangre dentro de la nave, una vez que tengas a tus pies la estructura», le oía decir mientras daba fin a su obra. Sentado en el butacón, y por indicación de su abuelo, despeluchaba página a página a Goethe, Nietzsche o Heidegger. Los padres le enviaban allí tres meses, para que aprendiera español, por el resol de las orillas, por el chalet edénico del abuelo, porque le hiciera compañía, aunque Friedrich, el asistente sempiterno, no dejara de ir y volver a lo largo del día y la noche para asegurarse de que todo estaba a gusto del viejo. Por su padre conocía que el abuelo era un gran médico. «¿Curaba a todo el mundo?», le preguntaba el niño a Friedrich con ojos admirativos. «Sí, claro, los dejaba libres de todo mal», contestaba el edecán tras sus lenticulares, y el crío se iba a la cama con una sonrisa, soñando con pacientes que su abuelo sanaba no más les imponía las manos. Una mañana descubrió en el trastero de la casa la foto de un hombre rubio, con bata blanca, muy sonriente, a su espalda varios enfermos esqueléticos tumbados en camillas. Las enfermedades duelen, pensó el crío viendo aquellos rostros contraídos y los huesos saltones. Otra de esas mañanas luminosas vio a su abuelo, siempre tan calmado, tirar el periódico diario al suelo. Friedrich lo recogió al momento, depositándolo dentro de la basura. El niño hurgó en el cubo y leyó en el periódico algo sobre la búsqueda de un antiguo médico que, en la última guerra, cronometraba la tardanza de sus pacientes en desangrarse, desfallecer tras amputarles un miembro o agonizar tras inyectarles benceno. Aun reconfortado con la idea de que aquel hombre rubio con bata y sonrisa blanquísima del periódico, que dejaba libres de todo mal a sus enfermos, como le contara Friedrich, se pareciera mucho al de la foto que había descubierto en el trastero de su abuelo, no podía evitar que poco a poco le entraran náuseas.

El asesinato de Petra Aparecida

A Juan Carlos Jiménez

A Petra Aparecida la mataron un año sin calendario, en un pueblo sin nombre, a la puerta de una iglesia por construir, delante de sus hijos no nacidos, con una pistola sin balas, un enamorado falto de corazón. Nadie, nadie, pudo llorar su cuerpo.

La patria de los apátridas

En esta patria los hombres tienen los pies de arena. Nunca dejan huellas, sus caminos son invisibles, por eso resulta imposible seguirles en su viaje. Los apátridas huyeron un día de sus sombras, abandonaron sus hogares, rechazaron a las mujeres que les amaban, a los hijos que les llamaban padres; y como no dejaban rastro, ninguna de las mujeres que los amaban, ninguno de los hijos que les nombraban pudieron seguirles en su huida. Por eso en esta patria no hay mujeres, tampoco niños, sólo hombres que cuando andan flotan sobre la tierra, liberados incluso del peso de sus sombras.

La isla

«En medio del Gran Océano, hay una isla de
la que no se atreve a hablar ningún marino»

José Emilio Pacheco

Cada tres lustros el mar devuelve el *Drakar* y sus doce tripulantes, suena el Cuerno de Onurb, y un grupo de mujeres corre hacia la playa con sus faldas ahuecándose como velámenes al viento. Todos detienen entonces un momento sus quehaceres, ahondan suspiros y siguen con sus labores, como si el mugido que ahoga el aire proclamara una desgracia sabida e inevitable.

Debíamos tener seis o siete veranos cuando mi madre nos habló del *Drakar de la esperanza*.

«Llegó el frío a la Isla por el tiempo de vuestros abuelos, acabando con los cultivos. Muchas familias decidieron embarcar en sus drakars buscando tierras nuevas. Los remos de sus barcos brillaban al alejarse, pero a los pocos días el Cuerno de Onurb anunciaba que las olas habían escupido sus cuerpos hinchados de agua y mutilados por los tiburones. Así ocurría, siempre, con los que osaban desafiar al mar para abandonar la Isla. Se sucedían las heladas, sacar provecho al terreno era cada vez más difícil. Para evitar dolores innecesarios, se decidió botar un drakar cada doce años, lo tripularían doce hombres elegidos al azar de entre los más fuertes: *El Drakar de la esperanza*».

Gracias a esta revelación materna, comprendimos la despedida de mi padre hace tres lustros, siendo nosotros todavía adolescentes remeros, y a la semana, cuando el Cuerno de Onurb sacudió otra mañana de niebla, no nos extrañó que nuestra madre fuera una de las mujeres que corrió entonces hacia la playa.

Han pasado doce estaciones, el frío apelmaza y encoge cada vez más la piel de esta Isla. Mi hermano y yo somos ya

hombres con familias que sustentar, pero aquí todo parece más yermo. Antes de llegar a casa, hemos inspeccionado la cubierta aún sin calafatear del próximo *Drakar*, y desde su proa el horizonte parecía entregársenos puro, tembloroso, como recién nacido. Siento que el destino nos ha tocado esta vez con su gracia. ¡Volveremos alzándonos sobre esta cubierta!, ¡nuestras mujeres correrán hacia la playa gritando dichosas!, ¡y en las manos les traeremos una tierra distinta…!

El lugar

Le habían respondido que siguiera recto. «Usted siga recto, no se desvíe un ápice». Siempre había sido un tipo directo, de los que no tuercen aunque le arremetan tres vendavales seguidos. Por eso, aun cuando había andado mucho, continuaba en el convencimiento de que iba por buen camino. Distinguió a lo lejos una mancha contra el sol; pensó en un águila volando bajo, en un matojo levantado por el viento, pero al observar que la mancha se hacía sombra, y la sombra hombre que se acercaba, resolvió preguntarle, no porque se sintiera perdido sino para obtener del otro la confianza que albergaba en un rincón de sí mismo. El hombre paró, dirigió su mirada hacia el cielo limpio de nubes, y tras volver su rostro hacia la tierra, le dijo: «Siga, siga, no tiene pérdida, todo recto». Él siempre había buscado la distancia más corta entre dos puntos, de modo que cualquier otra manera de enlazarlos le parecía una pérdida de tiempo, así que se alegró enormemente de que su destino se adecuara de forma exacta a este proceder que le guiara durante toda su vida. Iba recto allá donde le habían dicho, y sus pasos desprendían la rectitud que se puede esperar de quien cree firmemente en la inexistencia de los ángulos. Aún no había comenzado a dudar, aún no se habían debilitado sus pisadas, cuando a lo lejos pareció abrirse una línea oscura que dividía el horizonte en dos. No había más que continuar recto para llegar ante ella, algo en lo que tenía tanta costumbre y tal destreza que no necesitaba siquiera del recuerdo. Por fin llegó a la línea oscura, que en tanto se había agrandado a sus pies, abriéndose en un cañón tan profundo que allá donde alcanzara su vista encontraba el vértigo. La equivocación era imposible, el camino no tenía pérdida, le habían dicho que siguiera recto. Los ojos se le soltaron en el vacío, se le fueron en un vuelo sin término. Había olvidado el lugar al que se dirigía, la pregunta que había hecho.

Santiago y la sombra

Santiago Torres es hombre capaz de traicionar hasta a su propia sombra. Y tan es así, que ésta a veces le deja y huye de su presencia, arrimándose a la mujer de Santiago, contándole lo que hace éste porque la sombra sabe que ella es muy celosa. Pero como la sombra es sólo eso, sombra, sus revelaciones no son escuchadas por la mujer de Santiago, y quedan en el aire flotando como una sospecha; por eso la mujer de Santiago desconfía, hace preguntas. Él no se da cuenta de que a veces su sombra se ausenta, creyendo que ella y la mujer le siguen siendo fieles, y lo seguirán siendo, como siempre.

Pero la sombra no olvida y continúa su trabajo, contándole a la mujer en sueños lo que hace Santiago, provocándole vueltas y vueltas en la cama, devorando pesadillas en las que lleva fuego en la mano y abre una puerta. Y como es silenciosa la sombra, y se confunde en la oscuridad, la mujer no la ve ni sabe que es la sombra quien le habla en sueños.

De mañana la sombra acompaña al trabajo a Santiago, y durante el camino recuerda cuando eran niños, creciendo juntos, haciéndose hombre y sombra; la suavidad y seguridad de él acariciando curvas, y ella escondida entre los cuerpos, traspasada por el sudor, pero tranquila porque ninguna le importó nunca a Santiago más que su sombra, ni siquiera su mujer. Es por eso que la sombra no olvida, y traiciona a su hombre, meticulosa y paciente, sin ser molestada, porque la ventaja de la sombra es que estamos tan acostumbrados a su contorno, que nadie se fija de verdad en lo que contiene. Cuando llega a la oficina, Santiago saluda a la secretaria. Ya en el despacho, la sombra se abate sobre el suelo, hasta que la secretaria entra para informar de los asuntos del día. Sabe la sombra que Santiago nunca se queda sentado, que se levanta y acaricia los hombros de la chica con la misma levedad que cada noche ella, la sombra, roza los labios de Santiago. También conoce que Santiago nunca come en casa, que devora

en una habitación de hotel los pechos altivos de la secretaria, que a la tarde vuelve a hacerlo, y casi nunca hace hambre de la mujer que espera en casa.

Es por ello obra tenaz la de la sombra, que muerde el oído de la mujer de Santiago con palabras oscuras, cuando está en sueños, para que la mujer nunca descanse, pues la sombra no olvida cuando Santiago y ella estaban solos. No le importa a la sombra que Santiago devore a la secretaria en el hotel, que para eso cada noche le confiesa entre sueños a su mujer la habitación, el menú, dejando flotar las palabras, para que la esposa las respire y se le cuelen dentro. Tan bien lo hace la sombra, que Santiago la sigue creyendo fiel. Pero su mujer sí acecha, pues tanto le ha contado la sombra en sueños, que una mañana sigue a Santiago, y al apercibirse la sombra de su presencia se separa unos momentos para guiarla con pasos invisibles y que sorprenda a Santiago en la degustación de su menú, mientras la sombra acude a calarse de sudor entre el cuerpo de su hombre y el de la secretaria, como tantas otras veces.

A la noche, la sombra imagina lo que va a encontrar Santiago al volver a casa, pero cuando la mujer le tiene preparada la cena, y es más dulce que nunca con su marido, se sorprende la sombra, y queda aún más confusa cuando en la cama la mujer le pide que le haga el amor, que se lo haga porque hace mucho que no cena en casa, sólo por eso. Y le hace el amor Santiago a la mujer, y la sombra piensa que ha fracasado, que de nada sirve ser sombra, y esa noche no le habla en sueños a la mujer, no le dice nada porque la sombra se ha cansado de tener esperanza.

A la mañana siguiente la mujer abraza a Santiago antes de irse, le besa en los labios y repugna a la sombra, que pasa las horas en la oficina junto a Santiago, y a la hora de comer le acompaña junto a la secretaria que espera en la cama de la habitación del hotel. Pero antes de entrar, la sombra se da cuenta de que la mujer de Santiago aguarda escondida en el descansillo, que en sus ojos están todas las palabras oscuras que le ha ido diciendo en sueños, que llega con paso de plomo. Entonces la sombra comprende que no necesita colocarse rauda entre los dos cuerpos, que hoy, por fin, su amado caerá

para siempre en sus brazos.

El hombre beso

En la ciudad de Boca nadie daba un beso. El hombre del que vamos a hablar nació allí. Desde su más tierna infancia, y ante el asombro de sus progenitores, daba muestras de enorme entrega, besando mofletes aquí y allá. Los médicos lo achacaron a la malformación en su rostro. Conforme pasaban los años, a la vez que sus huesos se estiraban crecía en él una devoción malsana por los ósculos, que deparaba al portero, al profesor de matemáticas, a la practicanta, a su padre cuando se enfadaba o a cualquiera que se le cruzara a lo largo del día sin atender horas de siesta o estados fatigosos. Al llegar a los dieciocho, no había mujer u hombre en la ciudad de Boca que no hubiera tenido en su mejilla el rastro deforme del hombre beso. Desde siempre albergó la sensación de ser distinto, y al notar que sus besos molestaban, halló en tal distinción la razón de no ser correspondido. La dicha del hombre beso se iba apagando. Ya hombre, le retiraban el saludo, le miraban con asco, y hasta su familia comenzó a darle la mano. Debido a la falta de uso, unas enormes boceras aparecieron en su zona deforme. Decidió ir al médico. A la pregunta de si le recomendaba algo para evitar aquella sequedad, el doctor le miró como a un ejemplar de una especie extinguida.

«Oiga, ¿aún no se ha dado cuenta? En Boca, ninguno tenemos labios».

Todos pisamos la luna

De verdad, el otro día me preguntaba por qué se armó tanto revuelo cuando Armstrong puso un pie en la Luna, por qué se gastaron tanta pasta rusos y americanos en una carrera espacial que no condujo a nada, por qué ahora después de cuarenta años se empieza a hablar de nuevo de viajes tripulados a nuestro satélite, cuando cada uno, con nuestro espíritu, desde el inicio de los tiempos, sin pagar un duro, hemos estado una y mil veces en la Luna, yendo y viniendo, de pequeños a ancianos, a lo sumo perdiendo algunas palabras o algunos gestos de otros por el camino. Que no nos engañen, ¿quién no ha estado en la Luna?

Muescas

«Si nos comportamos debidamente dejamos
menos huella en las almas»

ROBERT WALSER

En mañanas como la de hoy Miriam descubre arañazos en su carne. Unas veces al desnudarse delante del espejo, otras al acariciarse en la ducha. En ocasiones son arañazos de corte ancho y profundo, de costra espesa; otras furtivos, filados con premura; y algún corte hay de los que escuece, infectado quizá por el roce. Esos son los peores, los que duelen y duran más tiempo, aunque a Miriam los arañazos se le suelen quitar en un par de días, quedándole la sombra de la cicatriz como el recuerdo de una herida anónima. Son cortes en los pechos, las caderas, las ingles, en sus nalgas aún no devastadas por los años. El que ha visto esta mañana está en la ingle, trazado a cartabón en silencio y con un placer oscuro de la cadera al muslo. Miriam nunca le ha comentado nada a su marido de los arañazos, tampoco le ha otorgado demasiada importancia; le pasa, como a otros les sube la fiebre de repente o les sangran las manos. Ayer Toni llegó a las tantas, no es la primera vez ni la última. Hay épocas en las que acumula trabajo y cenas a las que ella no gusta de acudir. Era guapo, buen estudiante, educado y atento. Miriam coincidió con él en la facultad, las chicas pululaban a su alrededor, pero a ella aquella competencia no le importaba. Toni era un gran conversador y charlaban de Cernuda, la enésima invasión de los estadounidenses o el concierto de U2 aunque una se quedara pajarito en sus ojos azules o varada en los apetitosos y gordonzuelos labios. Por eso a Miriam le dio igual que quedara con ella un sábado, y al siguiente le tocara a otra, y así sucesivamente. Toni no le prometió nada y ella tampoco se lo pidió. Con los meses empezaron a quedar con mayor frecuencia y de repente se encontraron saliendo.

Mientras Miriam hace memoria, la punta de sus dedos palpa en la ingle el arañazo de esta mañana, y cree tener la certeza de que los primeros debieron salirle más o menos cuando empezó con Toni en serio. Durante años creyó que se

los hacía dormida, pero nunca vio restos de piel o sangre en sus uñas por la mañana; llegó a pensar en alguna alergia, pero las pruebas resultaron negativas; incluso al tener el niño se le ocurrió que fuera la causa, pues durante la gestación y la lactancia no le faltaron arañazos en el pecho y el pubis. Cortes casi idénticos, como arabescos de columnas aplastadas. Miriam piensa que si su marido llega tan tarde es porque le ha dejado de gustar su piel, porque al tocarla nota las cicatrices de los arañazos que se le van quedando, y espera a que ella se duerma para volver a casa.

Sin embargo, en mañanas como la de hoy, cuando se levanta antes que su marido, Miriam cede a la tentación de contarse en la piel las líneas de sombra, perdiéndose en la cuenta antes de llegar a su parte más íntima. Es en esos momentos cuando le alcanza la rabia, y se imagina zarandeando a su marido aún en la cama, preguntándole por fin:

«Oye Toni, ¿alguna vez te ha dado por hacer muescas en el cabecero de la cama?».

El fantasma de los amaneceres

Abandona el lecho de sus amantes antes de que despierten. Lo mismo que antes. Las obsequia durante la noche con un manual de besos, caricias y demás artes para desvanecerse antes del primer rayo de sol. Luego ellas buscan algún cabello en la almohada, su olor, arrugas en las sábanas para no pensar que el sueño les ha traicionado. Hasta ahí lo mismo. Pero ahora son viudas, divorciadas, solteronas o musas de un espejo ciego, con un frío tenaz en su útero que él entibia. Las habita una noche. Jamás regresa. Cada vez, sale del Purgatorio animoso a realizar su labor, con la sola esperanza de encontrarse, cuando haya pagado sus culpas, con su mujer y su hija en las alturas.

El árbol de Gaugia

Cuando Faruk era príncipe, el padre le hizo jurar en su lecho de muerte que nunca dejaría al pueblo en manos de los sacerdotes. Muchos años después, la sublevación de las castas sacerdotales, obligó al viejo Rey Faruk a combatir. Cuando los sacerdotes derrotaron a las huestes reales en la llanura de Gaugia, dieron por terminado el reinado del monarca, pero el viejo Rey Faruk les detuvo con sus últimos fieles a las puertas mismas de Palacio. Aquel acto heroico, y los partidarios que aún mantenía, le salvaron de ser depuesto, aunque para mantener la paz tuviera que ceder su poder ejecutorio a un Consejo de sacerdotes, limitándose a sellar lo ya ordenado. Pasado algún tiempo, el Consejo, creyendo al Rey indolente y postrado, decidió acabar de una vez por todas con la Monarquía para establecer su teocracia.

El Consejo envió un pergamino al Rey Faruk en el que se le conminaba a abandonar su tierra, su palacio, su trono, la cama donde había jurado a su padre no dejar al pueblo en manos de los sacerdotes, a menos que deseara ser prendido y enjuiciado por traición. El Rey dejó caer a sus pies el edicto, ordenó a sus sirvientes que cerraran la Sala del Trono y no dejaran entrar a nadie. El sol que había visto el crepúsculo de su padre y su abuelo se ponía tras el ajimez. El viejo Rey cerró los ojos y se agarró a los brazos del trono.

Cuando tras dos días, la preocupación de los servidores fue mayor que su miedo a desobedecer al Rey, decidieron dar noticia al Consejo. Los sacerdotes forzaron las puertas para dar cumplimiento a la ordenanza. Nadie dudó de la naturaleza inexplicable del suceso que estaba ante sus ojos, como nadie dudaba de que las estrellas colgaran del cielo.

El viejo rey estaba sentado, sus manos incrustadas en el trono de modo que los brazos de ambos eran ahora uno solo, durmiendo en un sueño que le había dejado la piel arrugada como una corteza, aunque eran las gruesas raíces que

asomaban bajo el vestido del anciano, aquellas poderosas raíces que se imbricaban en el suelo tras agrietar las baldosas donde reposaba la ordenanza del Consejo, las que más asombraron a los reunidos.

Los servidores del viejo Rey se arrodillaron. Los enviados del Consejo volvieron a cerrar la Sala del Trono, acordando acudir de nuevo a Palacio para expulsarle por fin. Entretanto, los servidores del Rey Faruk esparcían los detalles del prodigio entre el pueblo, de modo que al llegar los sacerdotes tuvieron que apartar de sí a una multitud que cantaba la gloria del monarca. Fue al abrir los sirvientes la Sala del Trono, cuando la mayoría del Consejo se arrodilló y besó el suelo.

De la cabeza del Monarca ascendían ramas en cuyos extremos crecían brotes de hojas, un grueso tronco ocupaba el trono ahondando sus raíces en la tierra, junto a la ordenanza del Consejo en la que se decretaba el exilio del viejo Faruk.

Sólo dos sacerdotes quedaron en pie. Pidieron hachas, pero el resto del Consejo les recriminó aquella actitud. Los dos sacerdotes, ante la oposición, desistieron de su propósito, y la Sala del Trono quedó de nuevo cerrada. Cuando días después la multitud pedía ver el prodigio, los sacerdotes la calmaron diciendo que ellos mostrarían al pueblo lo que deseaban ver. Así el Consejo abrió las puertas del Trono por tercera vez, y no quedaron menos impresionados, al ver que donde quedara sentado el viejo Rey Faruk había un frondoso árbol que con sus ramas había roto el ajimez y a punto estaba de hacer lo mismo con el techo de palacio. Uno de los sacerdotes, de hinojos, se arrastró hasta la ordenanza de exilio que reposaba junto al tronco, y la retiró sin atreverse a alzar la vista. Los sacerdotes ordenaron que a partir de aquel día, se permitiera la entrada de los fieles que quisieran presentar plegarias y adoración al que antes fuera su Rey.

Durante años, el pueblo al que el Rey Faruk había jurado no abandonar, fortaleció las raíces, el tronco, la corteza, las hojas del árbol, y el Consejo justificó su poder como guardián del milagro real. Hay quien dice que, cerca de la llanura de Gaugia, donde hace siglos tuviera lugar una cruenta batalla, existen restos de un gran palacio y entre las piedras que se mantienen erguidas, en lo que fue Sala del Trono, aún se

levanta un árbol de milenarias raíces que desde su altura domina toda la llanura.

El soldado sin memoria

El soldado amanece en medio de un cruce de caminos, con el aspa indicadora derribada y los letreros ametrallados e ilegibles. El soldado sólo recuerda querer reunirse con su amada una vez terminara la guerra. Un vendaval invisible, una fuerza que lo traspasa le guía sobre campiñas devoradas por toros de fuego y águilas de metralla; vehículos carbonizados, botas abandonadas de pasos que un día fueron se esparcen por el camino, transido de gentes encorvadas por sus enseres y ojos sin brillo. Llega a un pueblo, aparición de un horizonte deshecho a pedradas. La espadaña de la iglesia, alzando un nido de cigüeñas abandonado, es lo único en pie dentro de la plaza. Hay una fuente en la que se arremolinan mujeres con grandes cubos de zinc. Acercándose al revuelo, junto al caño de agua, el soldado grita su nombre, sin oír voz alguna, dándose cuenta de que también ha olvidado el nombre de su amada. Mira a las mujeres, sabe que no será capaz de distinguir su rostro entre todas ellas, insultándose, a empujones, derramando el agua sobre sus vestidos a un par de metros de él. Una muchacha de cabellos dorados, con su cubo vacío entre las piernas, sentada en una silla desvencijada tras los tabiques de una casa derruida, sostiene algo entre las manos. El soldado llega hasta ella, tan próximo como para rozar su espalda. La muchacha no levanta la vista de una foto: el retrato de un hombre sentado con las piernas cruzadas, uniforme de gala, fusil apoyado en el suelo y un cigarro atardecido entre el índice y el corazón. La chica se acerca la fotografía a los labios, besa el rostro del hombre y rompe la foto en muchos pedazos que el aire va dispersando por la casa en ruinas. El soldado se estremece, intenta sujetarse un ojo, un brazo, luego una pierna, los demás trozos, que sin compasión alguna del viento, van desprendiéndosele…

Hijos desalmados

Lara mira a su niño sentadito en el sofá, con las piernas a medio camino del suelo, haciendo que lee aplicado e inofensivo un libro con sus gafas nuevas, ajeno al documental del que ella se ha enganchado. El niño arroja un eructito, fisga a su madre, y deja ver su risa mellada regresando al libro. A Lara su hijo le inquieta, a veces le repugna, siempre exigente, siempre pidiendo, aunque le asuste más la voz gruesa del narrador del documental al pronunciar, *Hijos desalmados*, como una sentencia.

Es la historia de varios menores encerrados en un correccional esperando a los dieciocho para ser ingresados en prisión por sus crímenes; a cada uno se le acusa de haber matado a sus padres con alevosía y ensañamiento. El documental hace un repaso con vídeos caseros a la niñez risueña y familiar de estos chicos, presentándoles poco más tarde haciendo manualidades en sus cuartos con ventanas de barrotes. Por último, la cámara realiza un *travelling* sobre la ciudad para llegar al extremo opuesto de donde se encuentra la cárcel, un cementerio donde reposan los restos de los padres masacrados.

«¿Quién diría que esos chicos leyendo, dándose empujones cariñosos, jugando al fútbol en el patio del correccional, son distintos de los nuestros?».

Es la frase con la que la voz en *off* cierra el documental del que no ha perdido ripio Lara, que mira de reojo a su niñito sentado en el sofá, arrancando una página del libro que tiene entre las manos. A Lara se le aparece su hijito meses antes en el jardín, atrapando una mariposa, riéndose igual que al destrozar uno de sus juguetes mientras estira las alas del lepidóptero hasta separarlas del tronco. La risa de su niñito en el sillón, satisfecho después de arrancar otra hoja del libro, le devuelve una realidad que está a un palmo. Los chavales del documental se le agitan en la memoria haciéndole siniestros

agujeros; los piensa de niños, con la edad del suyo, sonriendo con esa ligereza de las conciencias tranquilas tras romper un juguete, despiezar una mariposa, acuchillar a una madre o sabe Dios si arrancar las páginas de un libro. Lara mira el reloj de la cocina y ve que aún falta un rato para que llegue su marido. No puede esperarle, no ha visto el documental, no está con el niño todos los días, no sabe lo que guarda dentro, no entendería nada. Lara se acerca al cajón de los cubiertos, lo abre decidida, sólo al hurgar entre los cuchillos las manos le tiemblan.

La ilusión de Haman

«…el niño habló y dijo: —Traerme el mar.
Cada uno que traiga lo que pueda en las manos.
Cada uno que traiga lo que pueda.
¿Acaso pido imposibles?»
CARLOS EDMUNDO DE ORY. *El Mar.*

De mañana la nube que había visto Haman estaba acampada sobre el desierto. No recordaba la última, y contemplarla, ennegrecida y gorda, le causó un enorme alborozo. Haman corrió hacia la tienda de sus padres. La madre, tan delgada que erguida se hubiera clavado en la tierra, y el padre, con el rostro arado de surcos, no tenían fuerzas para ir ya al desierto. Eso no venció el ánimo de Haman, que marchó en pos de la nube.

Adentrándose en las dunas provisto de un cántaro y un morral con pan de ortiga, llegó al punto en que la nube se había detenido en el cielo. Vio Haman allí que era la única nube que se alzaba sobre el desierto, la única que se volvería a ver por aquella parte del mundo en meses o puede que incluso años. Haman decidió esperar y pernoctó tendido al raso. A poco del sueño, sintió un rasgón en el silencio del aire, luego un golpecito en la mejilla, un hilo frío corriéndole hacia la comisura del labio que deshizo con la punta de su lengua. Allá por donde mirase Haman diminutos cráteres se abrían en la arena, un ligero viento comenzaba a soplar y tuvo que coger el cántaro con premura, moverlo de acá para allá elevado por encima de sus hombros, subido hacia las estrellas, a la espera de que cayera mientras la nube iniciaba ya un lento retiro. Mas justo antes de que la nube desapareciera, hecha ya jirones estériles, un eco poderoso atronó el cántaro vacío. Lleno de alegría, Haman emprendió el regreso a casa. Anduvo bajo brasas y más brasas, tapando la boca del cántaro con su mano para evitar que entrara el sol durante el día. Consiguió llegar a la tienda de sus padres a la noche, y al fin, sonriente, les

ofreció el cántaro.

— Padre, madre, he traído una gota de la nube del desierto. ¡Bebed! ¡bebed! hasta saciaos —les dijo Haman elevando las manos.

Viendo la inmensa dicha de su hijo, el padre y la madre se miraron, levantaron juntos el cántaro… y bebieron hasta saciarse.

Las termitas

Llegaron con el calor y los frutos aún jugosos, cuando no parábamos en casa. A la noche oíamos crujidos, pero no le dábamos importancia. La madera, será la madera que se dilata en los sueños. Ahora, con el frío y las heladas, cuando más necesitamos recogernos, resulta que la casa se desmorona y no han dejado rastro.

Cuidado con los charcos

Mi madre me prohibía salir a la calle cuando llovía a espuertas. Tenía verdadera obsesión con que no me acercara a los charcos. Yo veía a los niños arrojarse de un salto sobre el agua, ponerse perdidos y salpicar al que pasaba por delante, y la verdad es que me daba mucha envidia. Mi madre miraba desde la ventana, temblona movía la cabeza de un lado a otro, se alejaba y acercaba al cristal, sus ojos yendo luego hacia mí como un cielo espeso. «Los charcos engañan, engañan» decía siempre. Nunca me contó el por qué de aquella inquietud. Hace pocos días, cayó una manta de agua tal que no se veía a dos palmos. Me resguardé en un soportal. Un tipo trajeado fue a tomar un taxi y al ir a cerrar el paraguas pisó sin querer un charcazo que había entre el bordillo y la acera, hundiéndose delante de mis propias narices. El taxista esperó unos segundos, luego arrancó con un gesto de desprecio. Sobre el charco quedó flotando el paraguas del hombre, abierto como una carpa de circo. Me acerqué con cuidado y tiré hasta sacar el mango hundido en la profundidad del agua. Desde aquello jamás salgo a la calle cuando se prevén aguaceros, y no ha habido día que no me pregunte qué le pasó a mi madre en uno de esos charcos.

Con mucho tiento

Alisarda ES UNA compañera. En la oficina tenemos un *office* con cajas de cartón llenas de botellas de agua de cincuenta centilitros. Somos pocos, pero cuando nos enfrentamos con la caja cerrada cada cual demuestra su singularidad. Yo destrozo la tapa por donde pille y el cartón ruge; otro hace una incisión con la palma en forma de cuchilla y tira de la línea de puntos disfrutando del sonido a carraca húmeda, e incluso alguna compañera vuelve sobre sus pasos y espera simplemente a que el siguiente abra la caja. Alisarda hace un agujerito con sus afilados dedos en el centro de la caja, del tamaño exacto de la botella, mete la manita y la saca agarrándola de la cerviz como hacen muchos animales para trasladar a resguardo sus crías. Alisarda es delgada como un junco, sólo se la oye cuando el agua de la marisma o la charca rebota sobre su tronco. Quizá por eso, cuando le acerco mi bullicio, se aleja hacia otro rincón de la oficina o se mete en su despacho. Contemplándola, su boca tiene un tamaño similar al de las aberturas que hace en las cajas de botellas de agua. Alisarda quiere besos angostos, caricias justas, que le vacíen los llenos como le van llenando los huecos, por una tímida abertura que no lo ponga fácil. Mientras, practico agujeros pequeños en la caja, pero mi mano es demasiado grande, no acierto con la medida, no llego a las botellas. Quizá tenga que esperar a que, un día, sea ella quien deje una abertura más amplia.

La cama de la abuela

La cama está iluminada desde que retiramos a la abuela. Fue como si de repente hubieran metido bajo las sábanas una bombilla del tamaño de sus huesos. A mamá y a mí no nos hace falta encender la tulipa de su mesilla para escoger alguno de los abrigos que dejó en el armario o coger sus sortijas del cofrecito de nácar que le regaló el abuelo. El pequeño apartamento independiente que constituía su sola alcoba parece ahora un lucernario. El destello es tan fuerte que invade el resto de la casa. Electricidad ahorramos, pero el problema es que mamá tenía intención, tras el deceso de la abuela, de dejar su alcoba como cuarto de alquiler, y ahora a ver quién es el guapo que pega ojo con la luz ésa. Aún a unos metros, desde mi habitación, me llega el reflejo de la cama, como si afuera estuviera amaneciendo. Por la mañana nos levantamos agrias, con ojeras contumaces, víctimas de una aurora perpetua. Hemos pensado en deshacernos de la cama, bajarla a la calle y que se ocupe el camión de trastos viejos. El problema es que, de noche, llamaría demasiado la atención, y de día, nos vería todo el mundo. Aunque una se acostumbra a todo, tanta luz es una molestia, y mamá está empezando a perder los nervios, tanto como si estuviera viva la abuela. Por cierto, que la enterramos en una parcelita de alquiler en el cementerio, de ésas que en diez años cambian de dueño; salían mucho más baratas y con suerte mamá pensó que pasada esa década no habría nada que enterrar. A la desesperada, voy cada vez más por allí. Compro cirios, los enciendo, y los dejo sobre la modesta lápida mientras le pido a la abuela que haga algo. Lo malo es que, nada más dejarlos sobre la piedra, haya viento o no, la llamita se apaga, y para colmo de males, he gastado ya una fortuna.

Don Derecho

Cuando las cosas volvieron a torcerse por décima vez, mi padre acudió a Don Derecho, el único hombre capaz de reconciliar a Ángela y Saturnino, que por unas o por otras llevaban nueve años dejando a la familia con el sí metido en la boca. Y se lo pidió, no porque no resistieran un nuevo, «ahí os quedáis en la iglesia y allá os las compongáis», sino porque el abuelo de Saturnino esperaba el sí desde hacía nueve años para morir en paz. «Esto que me estáis haciendo es contra natura, tengo ya más de noventa años, tened un poco de piedad…», abroncaba a su nieto cada vez que se lo echaba al ojo.

Conjurados para que aquel año se cumpliera por fin el compromiso, llamaron a Don Derecho, que no soportaba las torceduras y siempre hacía en línea recta sus paseos. «Si las cosas se tuercen vete a Don Derecho», decía mi madre, y no le faltaba razón. Había costumbre los miércoles de ceniza de llevar a su casa una caterva de torcimientos; por allí pasaban gibosos, ancianos corcovados, chavales que estiraron en dos días, desviaciones de tabique y torceduras de tobillo que Don Derecho curaba no más les impusiera las manos.

Un día mi padre le trajo a casa para que se entrevistara con el novio y solucionar aquella décima torcedura de planes. Al salir el gesto de preocupación de Don Derecho era considerable. Le explicó a mi padre que el asunto era muy delicado. A Saturnino le había crecido un capullo de rosa en sus partes pudendas, y eso, no era lo peor, sino que cada vez que se acercaba el casamiento, la rosa florecía con pétalos, espinas y todo. De ahí que Ángela le rechazara desde hacía nueve años, pues aunque los calzoncillos le olieran muy bien y los pétalos fueran suaves al tacto, las espinas… ¡ay las espinas! Don Derecho habló con Ángela. Ella quería mucho a Saturnino, pero no engendraría una rosaleda en vez de un niño. Después de pensarlo, consultar aquí y allí, Don Derecho encontró el modo de poner firmes las cosas, y convenció a

Ángela para que se apuntara a un curso de jardinería en el que aprendería el arte de la siembra, el cuidado y la poda de los rosales. Ángela aceptó, tomándolo con tal empeño y dedicación que se convirtió en una autoridad en la materia. Don Derecho le dijo a Saturnino que ya estaba todo preparado para el casamiento. La boda se consumó ante el asombro de la vecindad, que asistió a los oficios con la boca abierta, y el abuelo de Saturnino pudo por fin estirar la pata en la fosa que tenía abierta desde hacía nueve años. Ángela, por su parte, se dedicó a mimar el brote que Saturnino tenía en sus partes pudendas para que, llegada la primavera, floreciese impetuoso, que de las espinas ya se encargaría con la poda.

Don Derecho se quedó definitivamente tranquilo el día que llegó al mundo el vástago de Ángela y Saturnino. Le llamaron Rosauro, tenía la piel suave como un pétalo, aunque en la lengua le crecieron espinas. Tras morir Rosauro, su cuerpo emanó un aroma a rosas que, aún después de enterrado, a los enamorados les hacía buscar su tumba para devorarse a besos en el cementerio. De Don Derecho sabemos que, muy anciano, inclinó la cabeza, y nadie fue capaz ya de enderezársela.

A una bella leyenda

He oído muchas cosas de usted, su fama se extiende, a veces no sé si leyendas o historias reales confundidas en el bullicio de las muchas voces que la nombran. Llegaron a decir que no era cierta, y otros, que cuando aparecía ante los ojos de un hombre borraba su memoria, condenándole a vagar como un extraño tras su propia sombra. Algunos cuentan que tiene su refugio cerca de una isla desconocida, y que ahora usted vive allí, a solas con su belleza, eternamente condenada a contemplar su cuerpo escindido en la orilla cuando la marea se calma. Incluso una vez oí a un marinero que se perdió mar adentro, que una mujer de largos cabellos rubios y ojos del color de las algas, le alimentó con cangrejos crudos despiezados y ostras salvajes hasta que lo rescataron. Aquí en la ciudad, en mi calle, hay un hombre al que de noche se le oye cantar que una mujer de increíble belleza se le apareció sobre la cubierta del trasatlántico en un crucero por el Mediterráneo, y con sólo mirarle le arrebató el recuerdo de su familia, sus hijos, sus antiguos amores. Yo sólo pido verla, un momento, escrutar en las fosas de sus ojos, y olvidar, porque quedar desposeído de toda memoria ante su belleza es la única manera de vencer a la locura. Por eso he arrojado la botella. No voy a entrar ahora a explicarle mis delirios y desmayos, pero con esto que le escribo, creo que tendrá suficiente para apiadarse y aparecer un segundo ante mí. Luego ya habré olvidado, seré sólo suyo, con usted desaparecida y sin embargo tan presente que sea mi única memoria y mi solo futuro. Por eso, acuda esta noche a esta mísera invitación que le curso dentro de esta botella. Será una mirada a las leyendas más antiguas, las que como usted privan a los hombres de su cobardía y les dan alas para lanzarse a los vacíos. ¡Acuda!, ¡acuda!, la estaré esperando en mi bote, aquí, en medio de este mar lleno de designios y señales. Prometo no frotarme los ojos cuando llegue.

Mujer fatal

Era un clamor que en tu melena de trigo habían sucumbido multitud de vientos; que por debajo de tus piernas abiertas pasaban barcos errantes surcando mares al acecho de tu sombra; que en tus labios de almidón embarrancaron naves cuyas tripulaciones perecieron ahogadas esperando un beso; que por los desfiladeros de tus pechos se extraviaron las caravanas que intentaron reconocer su perímetro; que tu sonrisa de proporciones mitológicas concedió la ceguera a los caballeros que osaron mirarte. Y es bien conocido que, aún sabedor de estos desastres, perseguí más tu cercanía, quise tu tacto, ignoré tu última maldición: *cinco puñales en cada caricia*…

…por eso aquí estoy, desangrándome, implorándote esa sonrisa que apague mis ojos y que otorgaste a tantos caballeros antes.

Tres Misoginias

I

La de la ventana no hace más que mirar; al de mi derecha cuando se quita la camiseta y hace gimnasia los domingos, al de mi izquierda cuando se viste de punta en blanco para ir a por el pan, al portero que le sube los recibos cada lunes con su mono de trabajo, al marido de su amiga cuando los viernes toman café, al amigo de su hijo que empieza a echar bigote. No hace más que mirar, alargando los ojos a diestra y siniestra, relamiéndose los labios bajo sus gemelos, con una lengua rosada y prensil como la de las lagartas. Mira y remira, los días de diario y de guardar, al que deja un deportivo en doble fila y deslumbra el sol con un traje de raso o al culo del que corre camino al parque. Yo la vigilo con mis prismáticos, apostado en la ventana, los cojo cada vez que ella coge los suyos, aunque nunca la he pillado mirando al único piso que tiene las cristaleras limpias y las cortinas descorridas día y noche, al piso que tiene justo enfrente y desde el que yo miro.

II

La que habla de todo el mundo bien, la que hace un montón de amigos sin importarle lo buenos que estén, la que te habla de mirar a los ojos, la que encuentra química como si fuera pan nuestro de cada día, la que escucha tu vida y siente un rollo interior que le hace ganarse el cielo, la que te pone el hombro para que descanses la cabeza y si ésta se resbala más abajo lo retira, la que asume una timidez rayana en la inocencia cuando le dices que está muy guapa, la que sonríe al mirarle los labios y se aparta cuando insinúas su cintura, la que enfila al guaperas de turno y afirma que nunca saldría con tíos de músculos brillantes y dientes encendidos, la que queda contigo una vez por semana diciéndote que eres un amigo muy especial, la que se deja acompañar por las noches hasta la puerta de casa para sentirse más segura, la que se toma un café contigo y luego va con sus amigas

a una discoteca porque bailar le ayuda a desconectarse, la que llamas y te contesta a los tres días y te suelta en un café que hará poco se enrolló con un tío de ojos verdes y una boca preciosa, la que después de confesarlo te acaricia el pómulo diciéndote, «…¡pero tú eres tan distinto!…».

III

La que se arroja a tus brazos para incendiarse, la que baja las defensas cuando das con la caricia adecuada, la que al buscarle las cosquillas se las encuentras, la que retuerce las caderas a medida que aumentas el fuelle de tus manos, la que te pide que la embistas y se agarra a tu carne como una adicta, la que al notar el placer subirle por las venas te ruega que sigas, la que aumenta el oscile de su pelvis hasta echar humo, la que te implora más porque si cejas en el empuje el vértigo que sube remolino de dentro hacia fuera una puerta que se abre la prisa venga venga otra puerta va va ya estamos una más corre culebrea una más qué pasa qué pasa no te dice ahora no pares una puerta más te aprieta las nalgas sigue sigue abre que te abre más adentro pero tú te vas te vienes fuera fuera y la última puerta se queda atrancada restregándose contra tus huesos quemándote pero es humo no hay nada, es ella, qué bien cuánto me haces gozar, ella, la que se queda con un enjambre de abejas en el vientre, abrazada a tu pecho mañana pasado el siguiente sin que el batir de alas y el zumbido de abejas cesen, la que disfrutó como nunca y un día te dice que necesita ver las cosas más profundamente, la que encuentras meses después cruzando la calle con la mano puesta en el culo de otro.

Las aves de Medusa

«Cuando el cocodrilo entró en la habitación,
pensé que no había que exagerar».

Slawomir Mrözek

Mi mujer convierte las alas de los pájaros en piedra. Digamos que transforma la pluma en roca. Aprovecha que se posan en la terraza, al solecito, alzan la cabeza, y se acabó el vuelo. Tenemos la terraza abarrotada de gorriones, palomas y golondrinas varadas, unas aves encima de otras, las alas de piedra extendidas, encajadas en un siniestro monumento al derribo. No dejan de piar, hay un jaleo ensordecedor, y a mí, sinceramente, me preocuparían los vecinos, si no fuera por la insistencia de mi mujer en que la mire a los ojos.

Pasión roja

Lo siento chico, la noche tiene estas cosas, uno no sabe con quién se puede encontrar…», le suelta tapándose el pecho con la blusa, recostándose sobre la cama, acercándole los dientes enrojecidos una última vez sobre los agujeros del cuello.

Cien veces

El profesor le mandaba escribir en la pizarra cincuenta veces la palabra con la falta de ortografía y en otra columna al lado la misma palabra cincuenta veces sin falta. Al terminar, le quedaba grabada a fuego en la memoria, usándola ya con toda naturalidad. No entendía a cuento de qué le venía a la cabeza esto, cuando su única preocupación era la de mascar, tragar y regurgitar el recuerdo de Elena como lo hacen las vacas. Sabía que no iba a volverla a ver, se lo dijo antes de coger el avión. Había volado sin fecha de regreso, y ahora, no era capaz de quitarse aquel nombre que se le retorcía igual que una culebra en el estómago al despertar, en el vientre al atardecer o en los sueños al dormir. Entonces regresaba la imagen de la pizarra, y la palabra cincuenta veces escrita, con falta y sin falta. Como no podía arrancar aquel episodio de su mente, bajó a la papelería, compró una pizarra de bayeta, unos rotuladores, y se puso a escribir el nombre que le repiqueteaba en la cabeza. Primero con H de horca en una columna, luego con E de esperanza en la otra. Cincuenta veces y cincuenta veces. La H que no era, frente a la E que era, la una contra la otra. Helena o Elena. Al acabar de escribir las dos columnas, repitió la palabra cien veces en voz alta, y fue como si Elena se atontara, como si hubiera dejado de retorcérsele en el estómago, en el vientre, en los sueños, y al nombrarla sintiera lo mismo que al pronunciar el resto de palabras que guardaba en la memoria y que podía decir cien veces como si nada.

El método de Circe

La noche en que conocí a Circe follamos sin descanso, entre gritos y retuerces, como animales salvajes. Supe por su boca que no había sido casual nuestro encuentro, que estaba marcado en las placas tectónicas más profundas de la tierra. Ella, asesora política del Partido Diácono en el poder, yo recién nombrado concejal de la capital por el Partido Novicio en la oposición. A partir de ahí se sucedieron nuestras citas, y, entre orgasmos de variadas posturas, llegaron nuestras confidencias. Una madrugada, tras cabalgarnos con fiereza, me reveló que había averiguado la línea sucesoria de los Presidentes de Gobierno de nuestra democracia; es más, me confesó que sería capaz de adivinar una legislatura antes el vencedor, estudiando el organigrama de un partido, sus afiliados y su círculo de poder circundante. Algo incrédulo ante tal hallazgo, le comenté que eso le daría la posibilidad de acercarse al futuro presidente y buscarle las cosquillas para pasar a formar parte de su núcleo de allegados. Circe, que era una mujer bella y de formas abrasadoras, sonrió. Quise interesarme por el procedimiento de aquella sugerente regla adivinatoria. Pero Circe, siempre Circe, me exigió paciencia. Tuve tanta, que aquella ocurrencia terminó integrándose en el olvido mucho antes de casarnos. Hace unas horas Circe se dirigió a mí con decisión. «¿Recuerdas que en nuestra primera noche, te dije que, si tenías paciencia, algún día te revelaría mi secreto?».

Tras momentos de confusión, comencé a recordar vagamente. «¿Nunca te diste cuenta de que todos los presidentes elegidos por nuestra democracia tienen una Z en su apellido?». Era cierto, no había caído hasta ese momento. «Es verdad», le concedí. «¡Un momento!», paré en seco. «¡Todos no!, ¿qué me dices de Caldo Bustelo?».

«He dicho elegidos, hombre», me respondió. «El método es muy sencillo», siguió Circe, «se llama la *regla de la Z*», mirándome como si no me enterara de nada. «Y ya sabe usted, señor Gálvez, que no pierdo el tiempo», me susurró apretando sus pechos de hormigón contra mi espalda, justo cuando el

secretario traía la primera estimación de voto: el Partido Novicio, que yo presidía, obtendría la mayoría. Comprendí entonces que ya era tarde para pedir el divorcio.

La higuera cabra

Ahí está su marido, echado todo lo largo que es en el sillón, sin despegar los ojos de veintidós camisetas forradas por el hecho de dar patadas a un balón. No recuerda hace cuánto ya no mira sus labios, su escote, su culo. Adelina suspira y coge el periódico. Lo hojea con desinterés, hasta dar con una noticia: la historia de una higuera cabra crecida en la antigua puerta de entrada a la ciudad, en la parte alta del frontispicio, entre las junturas de piedra, enraizada no se sabe de qué forma, quizá algún pájaro que portara la semilla. Y las higueras son árboles resistentes, como resistentes son los parásitos. Todos los años los bomberos la intentan arrancar, pues cabe el riesgo de que, al engrosar sus raíces, rompa la unión de las piedras y la estabilidad del monumento. Pero la higuera cabra, año tras año, aguanta los intentos de arrancada, a resguardo en los resquicios que le abren las junturas de las piedras. Dicen que no hay manera de acabar con ella salvo derribando el propio monumento. Adelina termina la crónica con el corazón en vilo. Levanta la vista hacia el tronco que tiene por marido, pendiente de veintidós camisetas forradas por el hecho de dar patadas un balón. Contempla su propio busto, agitado y retador tras la camisa. A los paseantes que miren el monumento, no les importará la higuera cabra, ni siquiera la verán, sólo admirarán las hechuras y firmeza de esas piedras colocadas aún con tan buen gusto.

El saurio del sueño

El oniraptor es un saurio que vive en los sueños para devorarlos. Como animal onírico no disponemos de él fotografías, mediciones o huesos, habiéndonos de conformar con recuerdos un tanto borrosos en los amaneceres. Camina sobre sus dos patas traseras, armado de enormes y curvadas uñas en sus extremidades que rasgan el tejido de los sueños, desangrándolos con paciente lentitud. Sobre todo, este saurio está especializado en la persecución de manadas de hombres, a las que sigue en grupos, a poca distancia, a la espera de que se rezaguen los componentes más débiles: hombres de mediana edad poco dados a ilusiones concienzudas, niños de futuro aún incierto o cobardes incapaces de enarbolar quimeras. Estos saurios se lanzan sobre dichos individuos hasta dejar sólo el esqueleto de su ilusión o sueño. Se sabe también de algún paleontólogo anciano que lo buscaba y al ser sorprendido jamás recuperó la ilusión de encontrarlo e incluso de algún preescolar que tras ser cazado por esta criatura, vio quebrada la aún tierna traza de su sueño. El oniraptor, muy buscado por los grandes consorcios económicos, abunda en los valles de insomnes y estresados, aunque también hay testimonios de su presencia en llanuras de pragmáticos, terrenos donde los ojos suelen confundir el tamaño del horizonte.

El naufragio de la fe

Cuando le vimos con su túnica al viento, caminando sobre el filo de las olas encrespadas, acercándose a nosotros como un faro en medio de la tormenta, creímos que estábamos salvados, que habíamos llegado a esa otra vida que desde siempre nos habían prometido. Pero, poco antes de alargarnos sus brazos, se desvaneció en las aguas, y supimos que los salvavidas servían, que de mañana tendríamos que vérnoslas con un enjambre de aletas.

El dios destronado

El padre nos dejaba solos todo el día, no se dignaba a aparecer mientras había luz, ocupado en sus quehaceres. Más tarde, entrada la noche, aparecía en la alcoba para darnos un beso que sonaba a escombro. El padre no estaba ya cuando despertábamos, vuelto a las ocupaciones que le tenían lejos, y no regresaba hasta caer de nuevo la oscuridad. Anoche, cuando pasó a besarnos, sólo encontró dos cirios prontos a apagarse. Nunca entendimos que estuviera cuando menos se le veía.

Jeremías el acordeonista

La primera vez que apareció en medio de la terraza del restaurante nos dieron ganas de darle limosna. Llevaba un traje sucio y raído gris, el pelo negro pegado hacia atrás, y lo peor, amenazaba con un acordeón que se caía a trozos. Entonces sus manos empezaron a tensar y destensar el instrumento con una ligereza inaudita, haciendo que aquel acordeón cochambroso sonase a gloria. Las notas alzaban vuelo y se sostenían en el aire dándole a la cena un sabor distinto. Al igual que yo, la gente se hurgó en los bolsillos y monederos, pero él hizo una reverencia, sonrió, y desapareció.

Otra noche, en el mismo sitio, el acordeonista volvió a aparecer. Venía más aparente, aun con el mismo traje gris mate relamido de polvo y su pelo negro aplastado hacia atrás, pero más erguido y altivo aun con aquel acordeón descascarillado en los bordes, de teclas negras sin color. No acertaba a descubrir por qué pero tenía un aspecto mucho más armonioso. Le pregunté al camarero si sabía algo de él.

«Se llama Jeremías, le veo por aquí de vez en cuando, lo mismo que ustedes».

Empezó a desplegar las manos y aquella música bendita surgió del vientre del acordeón. Terminó su actuación sin reparar en el revuelo de las monedas, alzando la vista para sonreír hasta que un turista se le acercó y con la mejor de las intenciones le metió en el bolsillo de la chaqueta un billete. Jeremías se llevó la mano al bolsillo, sacó el billete con elegancia, se lo puso de un golpetazo al turista en la mesa y lo alisó con su mano negra y veteada de arrugas. Fue un momento, pero el silencio aquel pesó más que todas nuestras respiraciones. Jeremías se dio la vuelta y desapareció.

Al verano siguiente, una noche de calor plomizo en que se agradecía cualquier cosa que deshiciera aquella atmósfera cuajada, una melodía llegó como una brisa para desgarrar el bochorno. Me acerqué al lugar de donde procedía. La terraza

de un restaurante. Me sorprendió su elegancia, pero desde el primer momento supe que no se debía a su vestimenta; era el traje gris mate, raído y polvoriento de anteriores veces, pero la serenidad de sus gestos, la manera de tocar, la mirada… hubiera dicho que era pura armonía. Lo que más me llamó la atención fue el acordeón que brillaba colgado de su pecho, qué digo brillaba, relucía como recién estrenado, y aquella delicadeza impropia de sus vastas y sucias manos, con las que Jeremías extraía la melodía más envolvente y hermosa que he escuchado en mi vida. Sólo hacía falta mirar a los que cenaban en la terraza para darse cuenta. Me quedé allí, con los ojos cerrados, dejándome empapar por la melodiosa lluvia que el acordeonista tendía para amansar aquellas llamas nocturnas. Antes de que terminara, la gente se llevó las manos a los bolsillos, pero Jeremías acabó su interpretación, dobló la espalda en una reverencia solemne y se dirigió a la salida. Andaba como había visto a pocos hombres, con pasos cadenciosos y mullidos, como si pisara nubes. Según se acercaba su distinción iba en aumento, y al parar frente a mí, con el acordeón colgado del cuello, acariciándome con sus ojos, hubiera dado igual que fuera desnudo. El acordeón reluciente se le cuadraba en la caja torácica prolongando su pecho como una mano más, una pierna, otro miembro que le completara. Le conté que le había visto varias veces, siempre con aquel traje gris mate, sucio y raído. Ahora parecía otro, luminoso, casi mágico. Esbozó una sonrisa. Le pregunté por qué no aceptaba dinero. Jeremías oyó pacientemente mi sarta de sandeces, y luego, dijo:

—Yo, señor, disfruto tocando. Lo demás viene solo, siempre viene solo —dijo mientras sus manos daban unas palmaditas al lomo de su acordeón.

La rosa inmarchitable

Decidió buscar la rosa inmarchitable para la mujer que amaba. Primero en la ciudad de ambos, aunque en ninguna de las floristerías, jardines o invernaderos dio con la rosa que desprendiera aroma por siempre. Nuestro hombre emprendió otros rumbos, atravesó montañas de cumbres inalcanzadas, cruzó ríos de aguas vestales, selvas sin pasillos, pero no consiguió la rosa que mantuviera sus pétalos. Sin fuerzas, regresó a casa. Fue en las afueras de su ciudad, en uno de los badenes de la carretera por la que circulaba en taxi desde el aeropuerto, donde vio un rosal idéntico y a la vez distinto a los otros. Paró el coche y cogió la rosa, cobijándola en sus manos. Cuando llegó a la casa que compartía con la mujer que amaba, ésta le recibió con frialdad. No le dejó pasar. Habían pasado años desde su marcha y había encontrado a otro hombre. Intentó convencerla de que nunca había dejado de amarla, que se había sacrificado para encontrar la rosa inmarchitable, pero ella no le otorgó la oportunidad de enseñársela. Indiferente, desprovisto de dinero, vagó por las calles durante días con la rosa dormida en su mano. Anochecía bajo soportales, cubierto de cartones, con la rosa pegada a los labios, en sus sueños aquel aroma eterno. Una mañana, al despertar, se encontró abrazado a una mujer preciosa que le miraba con una dulzura inaudita.

«…No preguntes, no hables, soy tu premio, la rosa que no se marchita».

La materia del deseo

No creo en materias inflamadas por el deseo, pero el director, en medio de su propuesta, comenzó a sudar, a enrojecer, a hincharse, nosotros con la boca abierta, y él sin parar de hablar, su tez como el tomate, sin saber qué hacer ninguno, con aquellas llamitas elevándosele del pelo y el humo saliendo por sus orejas.

«¡Un extintor! ¡un extintor!», acertó a chillar uno de nosotros.

Pero el director, con un hilo de voz, seguía allí de pie, inmutable, incendiada su chaqueta, su corbata, su cara ardiendo por llamaradas que emergían de su cuerpo como fogosas crestas. Al fin llegó el extintor justo cuando el director se convertía en una gran llama, con lo que al enchufarle el chorro espumoso, estalló, lloviéndonos sus ascuas aún calientes y enrojecidas.

Sin embargo, y pese a la sucesión de hechos que atestiguo, lo que más me llamó la atención fue que el director no le quitó el ojo de encima, en ningún momento, a Claudia Brassi, la nueva responsable de imagen corporativa.

Hubo que pasar el aspirador a la moqueta de la sala de reuniones y a nuestras ropas para poder entregar los restos del director a su mujer e hijos. Lo reconozco, no pude evitar entonces un incendio súbito bajo mis pantalones al recoger las cenizas dispersas entre los pechos de Claudia.

¿El reino de este mundo?

A Santi pillarle zombi en algún momento resultaba un imposible. Era un tío de una actividad desbordante, destacado en los estudios, ingenioso, agitador, juerguista, noctámbulo, mujeriego avezado, en fin. De ahí que no me extrañara cuando, poco antes de la llegada de Julia y la novia de su amigo Helios de unas vacaciones en Haití, me revelaran los dos sus enésimas aventuras. Santi me aseguró que Julia no sospechaba nada, y que antes de volver ésta le había dicho por teléfono que le traía una sorpresita. Como no tienen coche me pidieron que les hiciera el favor de recoger a Julia y a la novia de Helios en el aeropuerto. Llegaron con una sonrisa demoledora y estuvieron francamente cariñosas. Sin embargo, desde su regreso, Santi no ha vuelto a ser el mismo. No le volví a ver, por mucho que lo intenté, hasta un par de meses después, cuando casi por derribo me invitaron a tomar café en su casa. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de Santi, y cuando le llamo, ahí está Julia para decirme que o bien está en el baño o en la calle o se ha dejado el móvil en casa y que le dará el recado. Eso sí, a mis preguntas se empeña en que todo les va de fábula. Por mí fantástico, si no fuera porque cuando estuve tomando aquel café, me pareció un tanto raro que Santi se pasara mi visita de pie, en un rincón pegado a las cortinas, sujetando la bandeja en la que nos había servido pastas y café, con la mirada perdida, asintiendo a todas las preguntas retóricas de Julia. Claro que, por lo que me han dicho, Helios también ha sentado la cabeza, y su mejor amigo cuenta que desde lo de Haití no ha salido una sola vez de cañas y vive en casa de la novia pegadito a sus faldas. Algunos se parten de risa hablando de los usos y trucos que deben haberles enseñado a las nenas los mandingas para que los juerguistas de antaño no quiten el hocico de las pieles de sus chicas. Yo no me río, aunque por ahora también prefiera pensar que Santi se ha rendido a las enseñanzas de los príapos Mackandal, y no remitirme a las oscuras hechicerías que de los cimarrones se cuentan en esas tierras.

La regadera

Papá, desde que te trajeron mamá no para de regar los jazmines, las magnolias y los lirios que plantamos. Inclina la regadera, como si de algún modo estuviera pidiendo gracia, dejándose ir en los chorros de agua sobre la tierra. A veces la utiliza para llenar y vaciar el baño sin descanso, hasta que la espuma es tan abundante que la oculta, reapareciendo más tarde con la piel brillante, la cara más tersa. Papá, la regadera también le acompaña en sus paseos por la orilla del mar, y en un despiste al dejarla sobre la arena, metí la mano y di allí dentro con algas, maderas y un mechero como el tuyo, incluso escuché al mar removerse como una ballena herida y unos gritos de auxilio me removieron las entrañas. Te prometo papá que durante una tormenta, la regadera quedó en medio del jardín y cayeron cortinas y cortinas de lluvia sin que el agua rebosara, como si aquel objeto tuviera dentro un pequeño embudo por el que cupiera el cielo. Cuando paró la tormenta y fui a cogerla descubrí que una nube había quedado atrapada y seguía lloviendo dentro. Volviste entonces a mí, papá, el cielo una torrentera, empapado en la puerta de casa, la regadera sin una sola gota en tu mano, contándole a mamá que la habías comprado en la tienda de un mago y éste te había jurado que haría posible lo imposible. ¿Será por eso que mamá no para de regar estos jazmines, magnolias y lirios que plantamos sobre tu tumba?

El pescador que perdió la gracia del delfín

Toyoda había sido el mejor de los pescadores que vieran las playas de Osaka. En sus años de plenitud, no había jornada en la que no le sacara al mar más de media tonelada de peces. Algún que otro marinero, escaldado por sus capturas, contaba que iba siempre acompañado de un delfín que seguía las estelas de los bancos de peces, conduciéndolos hasta las redes y arpones de Toyoda. Los años y el mar habían reblandecido los huesos del viejo pescador, acercándole a la tierra como un fruto maduro, pero aún era hercúleo, de semblante cetrino y escamado igual que la tortuga marina, aunque ahora ya no pescase. Pero como a todos los hombres que han llegado cerca del horizonte a Toyoda se le revolvía el amanecer en las entrañas, y una tarde, observando a un adolescente culebrear con una caña por un pececillo, y luego verle envanecerse ante todos de su captura, Toyoda sintió una necesidad de echarse de nuevo a la mar. El pueblo, enterado de la salida del gran pescador, aguardó en la orilla para despedirle, por ver si su pulso con las jarcias se mantenía por encima de las olas. Cuando Toyoda llegó al atardecer con su malla vacía, muchos le miraron con desdén, incluso algunos, los que aún recordaban al marino con brazos de bronce y cebos imantados, cantaron sobre un viejo pescador que había perdido la gracia del delfín. Toyoda, herido en su gloria, les retó a que esperasen su llegada la tarde siguiente. A la salida del sol, Toyoda aprestó de nuevo su barca comida por la sal, llevando entre los dos bancos de madera su mellado arpón de atunes. Fue más tarde, al arribar la luna en el cielo, cuando el gentío agolpado en la playa vio llegar la barca de Toyoda cargada con aquel delfín tan hermoso que la hacía escorarse a estribor.

El rincón del abuelo

Cuando nos despedimos del abuelo, dejándolo en su rincón favorito, sentado en la mecedora, sabíamos que los nuevos inquilinos lo encontrarían allí mismo y que nuestros problemas de intendencia se reducirían de forma notable. Nunca habíamos pensado en aquella posibilidad, pero muchas otras familias lo hacían. La vecina del antiguo piso, la señora García, nos había contado cómo en su mudanza colocaron al abuelo tan ricamente en su rinconcito, recibiendo meses más tarde una carta de los nuevos dueños del inmueble, hablando de las virtudes del abuelo y lo bien que les venía para cuidar a las niñas cuando se marchaban al trabajo; aunque bien es cierto, también en la misiva les informaba de que, en caso de mudarse, lo dejarían en el mismo rincón por si a los siguientes inquilinos les servía de algo. Lo cierto es que el ejemplo de nuestra vecina y los metros cuadrados de menos que tenía la casa recién comprada por mamá, nos decidieron a dejar al abuelo en su rincón del antiguo piso, con las cortinas descorridas, al solecito, acompañando con su frágil delgadez el vaivén de la mecedora a la espera de que los próximos propietarios le dieran mucho mejor uso. Pero date que, felices, abriendo la puerta de nuestro hogar recién adquirido, vemos en el rincón de la ventana, sentado en un sillón de orejas, un viejo que gira la cabeza y alzando la mano nos sonríe. Todos miramos a mamá. «¡Cuando compré la casa no estaba ahí!, ¡os lo juro!, lo han colocado en el último momento…». Lo cierto es que ahora estamos más faltos de espacio que antes, encima con un abuelo que no es nuestro, y mamá empieza a pensar en mudarnos de nuevo. Visto lo visto, no sé si eso va a solucionar mucho, pero mientras habrá que dar a este abuelo alguna utilidad.

El día de mañana

Los dos últimos hombres vivos tienen el don de ver el futuro y la ceguera del pasado. Han cruzado montañas, valles, llanuras y desiertos adivinándose en la lejanía. Ahora están el uno frente al otro. Mirándose intentan recordar un ayer que no poseen. Tiemblan. Hacia el horizonte sólo se extiende el paisaje.

Lección de humildad

El dinosaurio creyó en su eternidad. Pensó que siempre iba a estar allí. Cuando el hombre despertó, encontró sus huesos bajo la tierra.

La leyenda de la pulga

No daba tamaño. Aquella pulga era demasiado pequeña incluso para ser pulga. De hecho, sus compañeras, la tachaban de pulga. El caso es que se veía azotada por la culpabilidad de sus diminutas medidas. Apartada de los saltos migratorios, desechada para las grandes invasiones, nuestra pulga tuvo que quedarse en el lugar donde había llegado al mundo, aunque allí el sustento escaseara. Vio como sus congéneres, las que le habían escarnecido muchas veces, abandonaban el sitio donde habían nacido en busca de lugares más promisorios. La pulga quedó con los viejos, los enfermos y los jóvenes que no podían emprender viaje. A veces se levantaba sobre sus patas traseras a otear el horizonte, pero le parecía tan desproporcionado, tan desmedido, que eso lo hacía aún más vasto. Se retiró a un paraje de difícil acceso, sola con sus pequeñeces. Un día, un emisario de la colonia llegó para pedirle ayuda, pues los viejos y los enfermos no conseguían recolectar y las madres debían cuidar a los pequeños. El emisario le dijo que, aun siendo una pulga muy pulga, gozaba de fuerza, buena salud y de todas las patas para conseguir bocado. A regañadientes accedió a ir con el emisario y recoger alimento. Fue con el agradecimiento de ancianos, madres y los más pequeños, cuando la pulga se sintió por primera vez reconfortada con su situación. Y como se sintiera bien ocupándose de aquella labor, siguió realizándola, agradeciendo su llegada como la de un hijo pródigo, la de un amor frustrado o la de una juventud perdida. Con el tiempo, aunque las viejas pulgas fallecían, las jóvenes saltaban a otro lugar y los enfermos fallecían o curaban, siempre había madres que envejecían, nuevas vidas llegadas al mundo y enfermedades varias con lo que a nuestra pulga nunca le faltaba labor. Muchos la reclamaban, pocos podían vivir ya sin su quehacer. Las pulgas más pequeñas la llamaban, LA PULGA, con mayúsculas, y cuando al crecer daban su gran salto, contaban allá donde iban la historia de LA PULGA. Incluso ahora, mucho tiempo después, cuando ya no vive ninguna de las pulgas que la conoció, todavía se cuenta la leyenda de una pulga tan grande que la llamaron, LA PULGA, con mayúsculas.

El islote

«Lo real maravilloso se encuentra a cada paso en las vidas de hombres que inscribieron fechas en la historia».

ALEJO CARPENTIER

Cuando acosado por las tormentas, un trirreme cartaginés divisó una luz poco antes de las Columnas de Hércules, la tripulación vio en ella una señal de los dioses. No era más que un islote con unas cuantas palmeras, cangrejos y huevos de tortuga semienterrados en la arena, pero los cartagineses dejaron una enseña de los Barca en lo alto del único risco. Regresados a Cartago, siempre terminaban sus relatos con el encuentro de aquel Islote que les salvara, de suerte que, en la II Guerra Púnica, Escipión, mandó una expedición a tomar el «Islote» del que tanta maravilla contaban los cartagineses. Lucio Anneo Citius escribió en un epigrama que «nunca la sangre hubiera sido excesiva por aquel pedazo de tierra que guardaba el brillo de los dioses». El Senado envió a cientos de cristianos durante las persecuciones para que se convirtieran al socaire de la presencia de Marte, Jano y demás ralea divina, aunque la mayoría perecieron en el martirio de los escualos. Constantino dedicó *El Islote* a los mártires, y desde entonces muchos ciudadanos romanos acudieron en peregrinaje. Se dice que el bárbaro Genserico subió a lo alto del risco para anunciar a su pueblo la instauración del Reino Vándalo, y el jurista bizantino, Triboniano, cuenta en sus memorias que tras reconquistarlo a los vándalos, el Emperador Justiniano ordenó la construcción de un altar de oro, conchas y caracolas «en las que se oía el eco del Señor». Muchos marinos contaban que, el refulgir del altar, les servía como faro para hallar su destino cuando se creían perdidos. Ese destello llegó a oídos de Tarik y Muza, que no cruzaron el Estrecho hasta arrebatar *El Islote* a los soldados visigodos, que aguantaron meses de asedio comiendo moluscos y bebiendo cocos. Los almogávares de Roger de Flor lo conquistan para la Corona de Aragón usando las cabezas de la guarnición árabe como altar improvisado antes de partir hacia Bizancio a luchar contra los turcos, aunque dice una leyenda nazarí que aquella crueldad la pagó Roger de Flor siendo asesinado de

manera vil poco más tarde. Los turcos que tomaron Bizancio integraron *El islote* en las posesiones de la Sublime Puerta, y los pocos navegantes que, como el genovés Andrea Doria, retaban a la Media Luna, contaban que un resplandor deslumbraba a los barcos haciéndoles estrellarse contra las costas africanas, pues existían rumores de que Barbarroja había refundido oro de capturas cristianas y elevado un minarete en el risco que gracias al canto de un almuédano guiaba a los turcos a la victoria. Aquel resplandor infiel cegó a Felipe II, y contaba Juan de Escobedo, secretario del triunfador de Lepanto, Juan de Austria, que la Liga Santa no fue organizada para salvar el Mediterráneo sino para tomar *El Islote* y fundir el alminar de oro de Barbarroja al ser ya un secreto a voces que quien tuviera su fulgor gobernaría el orbe. Tras Lepanto, turcos y cristianos quedaron en una suerte de contención mutua que les impedía tener enseña o tropas en el *dichoso* lugar, y con la decadencia de ambas partes y los amplios océanos descubiertos se fue olvidando la naturaleza de *El Islote*. Más tarde, Alejandro Malaspina se referiría a él en los informes que entregó al regreso de su expedición geográfica: «ya antes de alcanzarlo a la vista huele el mar a incienso, y anclados, el sonar de las olas hace dormir, como si en su romper sobre la orilla hablara el Señor. A la mañana, cormoranes y gaviotas no descansan de describir círculos, y la bruma perpetua que se agarra a lo alto del risco le da un halo divino. Al pisar su arena, se siente latir la piel de Dios, la acogida de sus manos. Costó alejarse, el deber obligaba, pero dejamos allá la bandera de la Descubierta». Una bandera que quitaría el Almirante Nelson de *El Islote* para hacer ondear la británica después de Trafalgar, e incluso Wellington planeó desterrar a Napoleón a una caseta sobre lo alto del risco. Pero los ingleses, pragmáticos en su política, abandonaron *El Islote* y dedicaron sus esfuerzos a un peñón mejor situado en el Estrecho. Ocupado por las focas monje, no resucitó hasta la guerra de Primo de Rivera contra los rifeños. En «La leyenda de *El Islote* y la visión del Generalísimo», el historiador Enrique Siniestra apunta que Franco, antes de pasar a la Península con el *Dragon Rapide* hizo escala en *El Islote*, subió a su risco y se arrodilló en el punto más alto, «bajando con el rostro bañado en luz, y la determinación en los ojos». Aunque terminada la guerra, mandase colocar una gran cruz de mármol entre las piedras, mucha gente olvidó el aura luminosa de *El Islote* con la democracia. Una mañana, no hace muchos años, la opinión pública se levantó sorprendida porque el gobierno marroquí y el español amanecían al borde de un conflicto militar por un islote con un risco, unas palmeras y algunos huevos de tortuga. Llevo años recopilando relatos y leyendas acerca de este pedazo de tierra, y lo único que puedo decirles es que, si próximo a sus aguas, un buque navegara perdido en la oscuridad de la noche, encontraría en su luz



un punto de esperanza hacia el que dirigirse.

El galeón de los jíbaros

El Oquendo es un galeón metido en una botella, flota en su mar chico, y cuando naufrague se acabará el mundo. Lo dice una leyenda que trajeron los jesuitas tras ser expulsados del Brasil. Hay quien asegura que la botella y el buque que contiene son ahora propiedad de una conocida familia de negocios, pero lo cierto es que podrían estar en cualquier casa, incluida la tuya, como un adorno más. Lo reconocerás porque en las noches de verano, cuando se avecina tormenta, relumbra la botella, llega un fragor de chapoteo, y el silbido del viento saliendo del cuello de vidrio espanta a los niños. Mas en los días soleados, el galeón amanece flotando en su mar minúsculo, salta a proa algún que otro delfín que la tripulación contempla abstraída, e incluso, si se mira con cuidado, pueden verse cormoranes rozando el palo mayor. Dicen que lo mejor es coger una lupa, pero ¡ay amigo!, no es ningún juguete, porque el galeón muestra el futuro del que lo posee. Si va a ocurrir un hecho luctuoso, su mar se llena de tiburones y se oye el rumor de los rezos de la tripulación como si arrojaran un féretro a las aguas; si se trata de una bonanza próxima, salvas de cañón inundan el aire y un griterío de jarana sopla a lo largo de la cubierta. Se sabe de un antiguo dueño, coleccionista de sellos, que pasaba horas observándolo con su lupa y al que su capitán contó la historia de El Oquendo.

Si nos fiamos de su testimonio, el galeón partió de Sevilla en 1636 y encalló en la costa de Brasil huyendo de bucaneros holandeses. Ya en tierra, los tripulantes dieron con una tribu indígena de cuerpos menudos y rostros cándidos que les dieron de beber un potingue, les embadurnaron de pinturas y luego reflotaron el buque aplicando ungüentos de aquel potingue sobre la madera. Nada más embarcar llegó la sensación de ver alejarse el horizonte y a los indios hacerse más grandes, enormes…Gigantesco era ya el mundo cuando llegaron aquellos jesuitas y los rescataron metidos en una jaula de cristal, mientras el brujo de la tribu les advertía:

«¡Que al que posea este galeón no le llegue el día de ver a



las ratas abandonar el barco!».

Deriva de continentes

Hace días oí en el telediario que la fuerza de la gravedad estaba acelerándose. Descabellado, tonterías de las que oyes en los noticiarios mientras levantas el tenedor del plato. Eso se lo oí decir a muchos. Luego, leí en el periódico que la variación del eje magnético de la tierra iba a provocar que el pene de África se metiera en el culo de la Antártida, y la consiguiente deriva de continentes casos como que los bosquimanos se pusieran a cazar pingüinos. Majaderías, necedades, fueron las descalificaciones más atemperadas que escuché entre algunos expertos. No sé si lo que voy a contar tiene relación con estas supuestas derivas. Ya saben que nada es casualidad, y hace cosa de un mes encontré por la calle a un amigo que no veía desde que dejase el instituto para emigrar a la Patagonia. Le reconocí por sus andares, balanceaba el cuerpo de un extremo a otro de la acera, siempre a punto de caer, los hombros en percha, aunque no le recordara cuellicorto y con una clavícula protuberante. Al acercarme me saltó a la vista algo más. Le llamé por su nombre y el tipo rompió a gorgotear. Me hipnotizaba aquel hilo de voz quebrado y cavernoso, proveniente de aquella especie de cuello incipiente abierto en forma de vulva y del que de vez en cuando salía alguna que otra burbuja. Creo que me explicó las razones, los porqués, las causas de su estado. Ante mi sorpresa, cogió mis manos y las puso sobre la piel fina como papel cebolla que recubría su, digamos, nacimiento del cuello. Permití que metiera mi dedo corazón entre los pliegues que escondían una estrechísima ranura, y al profundizar unos centímetros, toqué algo suave y húmedo que tenía un tacto semejante al cabello pringado de sudor. Retiré el dedo del orificio tierno y jugoso como si me lo fueran a cortar, alejándome en una carrera sin freno hasta llegar a mi casa. Desde aquel encuentro, no pasa un día en que no cronometre el tiempo que tarda una pelota en llegar al suelo, o que no haga mediciones periódicas del diámetro y la longitud de mi cuello. La tele y la radio, siempre encendidas. Nunca se sabe.

El fin de los meteoritos

Los meteoritos fueron importantes en mi vida, pero hace tiempo que dejé de creer en ellos. Desde que terminé con Luisa. Durante años, siendo adolescente y hasta llegar a la treintena, el telediario daba alarmantes noticias de la cercanía de numerosos cuerpos celestes que, bautizados con nombre griego o latino, eran seguidos en sus trayectorias por el presentador de turno, sin que ninguno de ellos, al final, colisionara con la Tierra. Luisa siempre postulaba que uno de esos meteoritos, algún día, chocaría contra nuestra superficie y terminaría con la vida tal como la habíamos conocido hasta ahora. Pero aquel agosto en que Luisa y yo estuvimos acostándonos, lo cierto es que ningún meteorito cayó a pesar de los telediarios, y las cosas siguieron como antes sin que ninguna de ellas cambiara. Cuando ya me había cansado, Luisa seguía convencida de que una de esas noches calurosas, antes de que pasara aquel agosto, aparecería en los cielos un cuerpo incandescente que se estrellaría contra nosotros y lo cambiaría todo. Pero ya se había anunciado muchas otras veces la proximidad de meteoritos, sin que ninguno consiguiera siquiera rozar la Tierra lo suficiente para desviar en unos grados su órbita. Aquel verano, el meteorito de Luisa no cayó, y fue así como dejé de creer en cuerpos celestes que desde el espacio vinieran a cambiarlo todo. Ahora, cuando mi mujer habla de comprar un telescopio, me niego. Para qué andar buscando meteoritos y otros cuerpos celestes, si desde que la tengo a mi lado, pisando esta misma tierra que yo piso, no quiero que cambien las cosas.

Melancolía de Eva

En el curso de mis estudios e investigaciones sobre Eva, he descubierto que todos los hombres que la conocen se marean al volver a oír su nombre. Vaya, ha empezado… es una alteración espontánea que, con el paso de los segundos, deriva en un cuadro clínico inaudito: al engorde de las pupilas sigue un enrojecer de los ojos, la voz se debilita, y un cansancio galopante provoca en el sujeto el desmayo. Entre estos hombres hay además un nexo común, aparte de una relación más o menos duradera con Ev…, huy, casi meto la pata: todos reconocen que ella les dejó. En mis análisis de campo, y tras contemplar los síntomas de esta dolencia, he comprobado cómo después de oír su nombre, cada uno de estos hombres se ve obligado a guardar cama durante tres semanas, aquejados de una elevadísima fiebre que no remite con los medicamentos ordinarios. Una fiebre tan alta que les lleva siempre al delirio. En todos los casos que conozco, durante la primera semana de fiebre este delirio hace que el paciente se levante constantemente del lecho, y al grito de «¡Eva!, ¡Eva!», se dirija hacia la primera ventana, balcón o respiradero que haya delante suyo, para echar los brazos al vacío en un intento de atrapar el aire… qué mareo me ha entrado… Sin duda, este aspecto de la enfermedad resulta peligroso para los huesos, además de costoso, al requerir una persona que no deje ni a sol ni a sombra al delirante durante las tres semanas que esté en cama. En el curso de la segunda semana, el enfermo, con temperaturas muy altas, sufre de terribles espasmos estomacales, alternados con despertares repentinos en los que pide las cosas más extrañas que uno pueda imaginar, a saber: postales enviadas desde diversas capitales del mundo, diarios personales que relee con voracidad y fotos de viajes que el sujeto mira durante horas. La tercera semana, el delirio febril persiste, y el paciente se pasa las horas de suspiros en suspiros que parecen reventar el pecho y terminan en un ay tan sentido que afloran lágrimas al que se tenga por más duro. Ningún tratamiento puede alterar la enfermedad, pero como por arte de magia, finalizada la tercera semana de delirio, la fiebre desaparece, y el sujeto se levanta del lecho sin recordar, aparentemente, nada de lo sucedido. Sin embargo, mis concienzudas investigaciones han demostrado que basta el nombre de ella en

cualquiera de estos curados para que la enfermedad vuelva a reproducirse con la misma virulencia de antes. Algo así como el cauce de un río que cuando llueve unas gotas se desborda. Tras seguir a pie de campo en cada paciente afectado *el efecto Ev*… ejem… he llegado a una conclusión que creo más o menos acertada: no hay hombre que se haya cruzado en el camino de esta mujer que no la lleve dentro como un virus latente, al igual que los muertos de gripe española o viruela que fueron enterrados hace ya más de un siglo continúan portando en su esqueleto las cepas de la enfermedad. Son años de dedicación sobre el terreno, los que me autorizan a bautizar este virus que afecta a algunas decenas de hombres en la tierra como «Melancolía de Eva».

Joder, ya he vuelto a meter el cuezo… me pican los ojos, se me va la voz…

El cadáver del ajusticiado

Todo comenzó con aquel castigo. Hubo un hombre que cometió un crimen. Juzgado digno de muerte fue ahorcado de una higuera enraizada en el filo de una loma, a las afueras de aquel pueblo laborioso y fértil. Costumbre era que el cadáver no quedara colgado durante la noche y fuera enterrado el mismo día. Maldición de Dios es el ahorcado insepulto a la luz de la luna. Esta vez, tras la ejecución, todos olvidaron que el criminal colgaba de una higuera, en pendiente hacia el pueblo, más allá de la linde de las primeras casas. El padre del culpable, un viejo sin memoria, solo en el mundo, sumido en la vergüenza, cerró los postigos de sus ventanas, apagó las luces y abandonó la realidad para solaz de las rapiñeras voladoras que, en sacio y apropio de las partes más blandas de aquel péndulo de carne, lo hicieron oscilar con el hincar de sus picos. Con la noche, los carroñeros, más seguros en sus mantos negros, engancharon y arrebañaron las vísceras del ajusticiado, y la sangre, derramada en su abandono, halló fugas en las que verterse y manchar de su ley la tierra. Así el reguero púrpura se hiló en la falda de la loma, y sucediéndose en su descenso llegó a las primeras casas y en zigzagueo adentró su paso por los umbrales de los vecinos tranquilos en su sueño, rayando el suelo para ahogarse ya sin fuerza bajo la picota que reinaba en la plaza. Al amanecer, los huesos del ajusticiado brillaban a cada balanceo que atizaba el viento, pero sus restos quedaron allí, sombra que al ponerse el sol caía sobre las casas en forma de ciprés deshojado. Un comerciante que hace poco pasó por este pueblo laborioso y fértil nos contó cómo el antes verdoso valle ahora estaba comido por la sequía, de él se elevaban columnas de humo entre las casas y un olor agrio a úlceras y carne chamuscada se le aloja a uno en los pulmones levantando arcadas. Cuando alguno de nosotros, por un casual ha de pasar en su ruta por este pueblo, no duda en rodearlo, por muy fatigoso que resulte. De lejos aún se ven bandadas de aves carroñeras sombrear el pueblo, y si uno tiene el valor suficiente para detenerse un rato, puede llegar a observar a alguna llevar entre sus garras un trofeo enrojecido.

Charrito

Acudimos en tropel para consolar a mi prima uno de esos domingos de agosto que hacen enloquecer a las chicharras. Dos hombres venidos desde los arrayanes habían llevado a Charrito en un barreño a casa. Llegué poco antes que los demás. Mi prima miraba el barreño vacío encima de la mesa con la misma cara de inquietud que observaba a su hijo al nacer hacía casi doce agostos. Fue cuando le acaricié por primera vez. Entonces los dedos se me humedecieron al tocarle, como si los hubiera pasado por el cauce de un arroyo.

Desde aquel día acudí con frecuencia a visitarles. Mi prima no tenía hermanos y su marido había muerto poco antes de nacer el niño, por lo visto ahogado de un mal paso en una acequia. Cuántas veces me quedé mirando al bebé, sumergido en la cuna, observando cómo cuando alguna visita le ponía el dedo encima del ombliguito, la piel se le agitaba en grandes ondas a Charrito. No me extrañó oír contar a mi prima que al gatear dejara un rastro de agua por el suelo. Al niño le costó ponerse de pie, mucho más mantenerse erguido, y no digamos dar sus primeros pasos. Andaba entre arenas movedizas, los talones reblandecidos se le hundían hasta el tobillo, las zapatillas emergían a cada paso como dos chalupas reflotadas. Crecía estirándose con el esfuerzo de un río que intenta llegar al mar cuanto antes. Era llegar sus primos, ponerse todos firmes pegados a la pared encalada del patio, marcar el rayón del mes, y azularse el niño Charro igual que los muertos en cajones del depósito. A él lo que le gustaba era que le midieran metiéndole el dedo en el ombligo, y así a veces, cuando uno llegaba hasta el codo, Charrito reía y reía viendo nuestra cara de susto según iban introduciéndose los dedos, la muñeca y luego hasta el codo, muertos de miedo por si el brazo entero se nos quedaba en el niño metido. Y es que dentro de Charrito uno podía agitar la mano, barrer con los dedos igual que una madre en la bañera para comprobar la

temperatura.

Atesoraba volumen el niño Charro, tanto abarcaba que no habías entrado por la puerta y ya estaba atando sus bracitos a tu trasero, su cara aplastada en tu tripa. Era dulce como el agua de los chortales, tan fogoso en sus afectos que de Charrito caían frescos y sinuosos chorretones, de modo que al abrazarle a uno se le empapaba la pernera del pantalón o los cuadros de la falda. Las malas lenguas decían que aún mojaba la cama, aunque más bien diría que, como a los perros, se le iba el cariño por la vejiga.

Era llegar el verano y Charrito salía a la calle a jugar con los otros niños. Como a todos andaba abrazando y besando se le quedaban charquitos como sombras allá por donde iba, y mi prima a veces tenía que encontrarle rastreando los charcos, regañándole por echarse a los brazos de la gente, rogándole se apartara de los vientos que al tocarle levantaban cortinas de rocío.

Quería el niño Charro jugar como cualquier niño. Un día fue con sus amigos a los arrayanes, vio a los otros con sus brazos llegar a lo alto de las zarzas y se estiró más que ninguno, como un río a punto de desembocar en el mar hasta que sus pies se doblaron como si fueran transparentes. Cayó sobre una zarza Charrito, agujereándose por tantos sitios distintos que se le abrieron otras tantas pequeñas fuentes, y sus amigos bebían de los chorros limpios y dulces que se derramaban sobre la tierra, sonriéndoles Charrito aunque él fuera adelgazándose, su rostro mudado a un blanco de nube que comenzaba a darle sombra.

A mi prima se lo llevaron en un barreño unos hombres venidos de los arrayanes. Cuando se lo pusieron ante los ojos el niño ya sólo flotaba dentro. Le dio tiempo a su madre de tomarle en los brazos un momento y que le dejara el vestido empapado. Al llegar a la casa mi prima estaba sola, sentada ante el barreño relamiéndose aún la boca toda humedecida. Levantó la cabeza al sentirme y me sonrió acariciándose la tripa.

Venganza de niebla

A Juan Rulfo

Surgen de lo oscuro y llevan escopetas al hombro. Las dos sombras bajan la cuesta hacia el pueblo, sin el ladrar de los perros, sin un chasquido de piedras. Buscan la casa del Chamego, el potentado que acabó con la revuelta campesina dejando ramilletes de huérfanos. Sus alientos escarchan el aire de la noche estuosa. Traen sabor a sangre en sus gargantas y andan entre las callejas iluminadas por la redondez de la Luna. Llegan a la casa con las luces apagadas y el silencio tras la puerta. Los dos entran sin más, se abren paso en la oscuridad con soltura, rastrean la planta baja y descolgándose las escopetas del hombro ascienden la escalera que guía a las alcobas. Uno ve un caballito de madera, unas camas y comienza a disparar, el otro uniéndosele, «¡va por ti Chamego! ¡por ti!», gritan y vacían los cartuchos sobre la cama de matrimonio de la otra habitación. Afuera de la casa no hay rumor ni luz encendida cuando los dos salen con el caño de las escopetas aún humeantes. Marchan del pueblo igual que entraron, sin ladrido de perro o chasquido de piedra mientras suben la cuesta. Nada más perderse en lo oscuro, una luz se enciende en la casa del potentado. Aún sudoroso y desencajado, el Chamego se levanta de la cama y se acerca al cuarto de sus dos hijos. Desde el dintel de la puerta, sus cabecitas asoman bajo las sábanas, respiran sonoras, a ritmo tranquilo, a su lado el caballito de madera balanceándose, como si la brisa de la noche hubiera burlado las ventanas cerradas. Así casi todas las noches.

El pequeño Judas

Le ha prometido doble paga todo el año si cumple, como hacen los hombres. Esperan sentados en un banco.

— ¿Se acerca mucho a mamá?

— Sí… y la toca…

— ¿Le has visto darle un beso?

— Sí papá…

— ¿Y por la noche? ¿ves u oyes algo raro?

— Una vez mamá estaba sobre él, moviéndose, le dolía…

— ¿Le dolía?

— Sí, respiraba mucho y él le daba dolor…

— ¿Y cuando te levantas por la mañana está en casa?

— Sí papá, desayuna con nosotros…

— ¿Te ha dicho algo que no te haya gustado alguna vez?

— Mmmm…

— Díselo a papá anda, que papá le va a echar una buena regañina.

— Mmm, un día me gritó porque no comía el puré.

— Entonces hijo, habrá que convencerle de que no lo vuelva a hacer.

— Sí papá.

Del edificio de oficinas salen varios hombres. El niño se levanta y va hacia uno de los desconocidos, aupándose para darle un beso en la mejilla. El padre, que lo ve todo, va hacia ellos acariciando la pistola dentro del bolsillo de la cazadora.

El cese

Hablaba, pero a espaldas de. Callaba, cuando tocaba hablar. Ordenaba callar en tiempos de concesiones. En el momento de ser firme, concedía. Preguntaba qué tal estabas cuando los hechos hacía tiempo ya que habían sido concedidos a suceder. Nunca le encontrabas cuando un problema sucedía. Otorgaba una gracia y uno siempre tenía que agradecerle, cuando él jamás daba las gracias por haberle resuelto un problema. Delegar era una de sus palabras más pronunciadas, cuando a nadie veía capacitado para solucionar nada. Nadie era imprescindible, pero que a alguno se le ocurriera referirse a su prescindencia. Era el bueno de nuestro director gerente. Bueno era… Bueno… Era…

El mensajero

A José Fernández de la Sota

A lo lejos llega el mensajero. El rey espera su vuelta con nuevas que confirmen la obediencia de su satrapía de los Dos Grandes Ríos. Al mensajero se le ve descender la loma a la carrera, levantando una pequeña polvareda que el viento dispersa. El rey, oculto entre los adarves de las murallas, le sigue con los ojos desde que ha visto asomar su figura iluminada por el sol. A cien metros de las puertas, el rey vislumbra un zurrón colgado del hombro del mensajero que sube y baja a cada zancada. Los guardias miran al rey y tensan sus manos sobre los arcos, pero éste ladea la cabeza. Ordena que abran las puertas al hombre que, sudoroso, con las piernas aún temblando, mira con ojos implorantes y aterrorizados.

— Vengo a su Majestad enviado por mi señor de los Dos Grandes Ríos con un mensaje.

El rey ve al mensajero desatar el nudo del abultado zurrón, y alzar la vista con un brillo desesperado en los ojos. Traga saliva con tanta fuerza que los guardias sienten la vibración de su nuez. Hurga dentro del zurrón con las manos, y saca, sujeta por los cabellos, la cabeza del mensajero mandado por el rey a la satrapía de los Dos Grandes Ríos.

El doble

Su madre lo envolvía en los brazos, apretujándolo contra el pecho. Embadurnado de sangre, llora que llora a pleno pulmón, reticulado y chato, el niño no despertaba los mejores augurios a los ojos de Agustín, pese a la enorme alegría que el embarazo había aposentado en la familia. Colmaba un vacío que se aventuraba ya imposible de llenar por vía natural en cuanto que Agustín pasaba los cuarenta y pasaba por estéril en su anterior matrimonio, aunque Marta tuviera veintitantos y excelentes mimbres para la maternidad. Pero según fue creciendo, el niño superó las previsiones de su progenitor: brillante en los estudios, vigoroso y enérgico. Una noche, acostado el pequeño, la pareja se entretuvo viendo un álbum de fotos de la infancia de Agustín. Éste le confesó a Marta que si la hubiera conocido de niña se habría enamorado igualmente de ella y no habrían tenido uno sino cuatro o cinco o fuera usted a saber porque el deseo, ya se sabe… Rieron al ver instantáneas olvidadas y comprobaron cómo su hijo era muy parecido a él; tanto que, al comparar una foto de Agustín de hacía treinta y muchos veranos con una reciente del pequeño, no acertaban a diferenciarlos. Marta se divertía, pero Agustín, removiéndose en el sillón, dirigía su mirada hacia el fondo del pasillo en el que, ajeno a ellos, dormía el pequeño Agustín. Una semana más tarde, al ir a recoger el niño a casa de su abuela, ésta le contó a su hijo la retahíla de comportamientos, gestos y gustos calcados a los suyos: la pasión por el mosto, la forma de hacer pis en el baño, su dislexia a derecha e izquierda, y aquella mirada. Conforme pasaban los años, el pequeño Agustín crecía a imagen y semejanza de su padre y, como él, demostraba una querencia especial por su madre, Marta, entregándose a ella en las pequeñas confesiones que, al llegar de clase, suelen realizar los críos. A Agustín el trabajo y las ocupaciones le mantenían alejado de su hijo, de modo que era su madre, a causa del horario de trabajo, la que le deparaba las mayores atenciones. A nuestro hombre sólo le daba tiempo de charlar con Marta a la noche y ver al pequeño Agustín dormido en su cama o, a lo sumo, un ratito antes de acostarse. Fue en una de esas noches, cuando su mujer le contó cómo una chica le había dado el primer beso en los labios a su hijo; el momento, el entorno, la manera de producirse, todo, le sonó a Agustín

extrañamente familiar, levantando un revuelo en su estómago. Decidió entrar al cuarto de su hijo para darle un beso y tranquilizarse. Al abrir la puerta, le vio con el brazo debajo de la almohada y la pierna izquierda en ángulo recto, la misma posición que él adoptase para dormir tantos años hasta que compartiera cama con Marta. Notó su piel erizarse y retrocedió al dormitorio donde aguardaba su mujer. Aquella noche no consiguió hacerle el amor, «tanto trabajo…», la excusa de otras veces. Marta le besó aquí y allá, bromeando con que un día le dejaría por un jovencito. Luego se durmió, plácida, aunque él no pegara ojo en toda la noche.

El día en que Agustín cumplió dieciséis años, sus padres le regalaron un viaje a Irlanda. El chico miró a su madre entristecido, le dio las gracias a su padre, Agustín, y les hizo saber el poco entusiasmo que le despertaba aquel viaje. Agustín abrazó a su madre ante la mirada atenta de su padre. Marta estaba espléndida, muchos hombres la buscaban con la mirada cuando paseaban juntos. Agustín quería también con el viaje de su hijo un poco de intimidad que le ayudara a despertar algo de esa pasión que tanto merecía y que la edad le estaba robando para con la aún poderosa arquitectura de Marta. El pequeño Agustín se iba por la *lounge* del aeropuerto hecho un hombre. Un hombre que, de espaldas, a Marta le recordaba a su marido veinte años antes. «Es igual que tú cuando nos conocimos», dijo. Aquel mes fue un fracaso, pues durante las vacaciones a Agustín se le reprodujo de nuevo una úlcera en el estómago y Marta no dejaba de llamar todas las noches a su hijo en Irlanda para preocuparse de sus avances y retrocesos lingüísticos.

Dos años después, al ingresar en la Universidad, Agustín eligió la misma carrera que su padre Agustín: empresariales. Lo dijo sin darle importancia «¡Quiero ser como tú papá!», y con su misma sonrisa. Mientras Marta lanzaba a su hijo una mirada de orgullo, Agustín calló. Luego cayeron la primera borrachera, el primer rollo serio con una chica, la primera pelea, todo de igual forma que su padre. Y también, un poema, que el muchacho le enseñó a Marta y que ella a su vez le leyó a Agustín. A él, aquellos versos que entonaba su mujer, le llevaron a idénticas pasiones naufragadas, a la misma pureza ilusionada que ya no tenía, al pulso firme que había olvidado esas metáforas. Una noche, al regresar del trabajo, a

una semana de jubilarse y a poco más del veintidós cumpleaños de su hijo, encontró la casa vacía. Últimamente Marta y su hijo Agustín iban a cenar fuera una o dos veces por semana. Abrió el armario de su dormitorio para dejar la chaqueta. La ropa de Marta había desaparecido. Se dirigió a la habitación de Agustín y abrió su armario. Lo mismo. Encontró una nota sobre la cama de su hijo. Con un gesto de cansancio, se acercó el papel a las gafas.

«Papá, no he hecho nada que tú no hubieras hecho».

La otra

A Juan

Salíamos del Doblón con una copa encima, sólo una, lo prometo. Juan y yo nos paramos en medio de la calle a ver dónde íbamos, siguiendo de vez en cuando con los ojos el movimiento de alguna que otra belleza. En una de éstas, al girar la cabeza, la vi. Rosa, con una copa en la mano, apretada contra un tipo que desde luego no era mi amigo Fernando, su marido. Nunca había caído demasiado bien entre los amigos; quien más quien menos sospechaba de su pertenencia al club de las ligeritas de cascos. Bajita, con un escote considerable, el pelo liso y fino a la altura de la nuca, los labios anchos y el corte de cara triangular, era inconfundible: Rosa. Me puse delante de su campo de visión, a un par de metros, pero su mirada me hacía aire. Alcé la mano, pero Juan me cogió del brazo para que nos dirigiéramos hacia un nuevo antro. «¡Mira!, ¡mira!, grité, ¡es Rosa!». Se quedó observando. «Pues sí que parece». Nos volvimos a poner a su alcance, pero nada, Rosa seguía obsequiándole a aquel tío que no era Fernando con besos de tornillo delante de nuestras propias narices. Nos acercamos aún más y le pegué un pequeño empujón de modo que se volviera y seguí de espaldas. Le pregunté a Juan, que la había observado. «Seguro, es ella», sentenció Juan. Saqué el móvil del bolsillo. «La una». No era nada pronto, pero tampoco demasiado tarde. «Pues sí que le está calentando bien la jodida», le oí decir a Juan mientras yo buscaba en el móvil el número de Fernando. «Se va a enterar el putón este», solté mirando la pared contra la que se restregaban y a la inconfundible Rosa. Marqué, aunque Juan, en un primer momento, se opuso. Lo había visto todo como yo, Fernando se tenía que enterar, era nuestro amigo. Al final se convenció. Juan y yo observábamos los contoneos de Rosa y no nos lo creíamos. Llamamos. En la pared, el frotamiento echaba aún más chispas. Contestó Fernando. «¡Menudas horitas joder, que estábamos fritos Rosa y yo!». Justo enfrente, Rosa sobaba con rigor aquí y allá la pernera del pantalón del tipo que seguro no era Fernando. «Nada, perdona, no pasa nada Fernando, hemos marcado sin querer». Nos alejamos, sin dejar de mirar a Rosa, a donde nos endilgaran un buen par de

copazos. Todavía hoy, al ver a Fernando y Rosa, Juan y yo nos preguntamos quién era la que estaba aquella noche en su cama. Quizá, Rosa, aún no ha vuelto.

Jansek Selimen

«En efecto, no queda un solo borrador
que atestigüe ese trabajo de años».
(*Pierre Menard, autor de* El Quijote).

JORGE LUIS BORGES

La primera vez que leí el nombre de Jansek Selimen fue hojeando revistas literarias en una librería. Su nombre me sonaba de haberlo oído o visto en algún otro sitio anteriormente. Me descuidé un momento, y al volver sobre la revista, sorprendí la espalda del tipo que me había cogido el último ejemplar. No pude echar un vistazo al artículo de Selimen, pero meses después, buscando datos para un trabajo en Google topé con su nombre —obra del azar sin duda— y al teclearlo aparecieron dos páginas de menciones suyas. Jansek Selimen —efectivamente—, no había otro. Me metí en uno de los link y *out of order*; me metí en otro, y lo mismo; en el siguiente, *error*, y así, cualquiera de los link de las tres páginas de referencias de la procedencia que fuera. O la velocidad de red o la saturación hacían imposible entrar en las páginas. Por lo que parecía, Selimen estaba de moda o estaba gafado en la red. Una mañana, leyendo el periódico, recuerdo que había un avance con titulares del suplemento cultural del día siguiente. Artículos de Kundera, Mrözek y nuevos libros de Mc Ewan y Selimen. Apuntado con hierro al rojo en mi memoria, aquella noche tuve pesadillas en las que una mano —seguro que la de Jansek Selimen— no paraba de escribir líneas y líneas y líneas en cuartillas blancas sobre una mesa que luego iba tirando al suelo con un gesto de desprecio, hasta que furioso yo saltaba de una esquina del sueño arrojándome sobre la mano y tirando de ella muy fuerte, intentándola apartar del papel, estirando sus dedos como si fueran miembros de un muñeco de goma sin conseguir apartar la mano de la mesa y las cuartillas, sin descubrir el rostro de aquel hombre —sin duda Selimen — en la pantalla del sueño. Al día siguiente, no leí el libro de Selimen reseñado en el suplemento. Al llamar a la redacción, un chico me aseguró que saldría la semana siguiente, porque el crítico no había mandado a tiempo la reseña. Al preguntarle por el título del nuevo libro de Selimen, al esperanzador «sí hombre» del redactor, siguió un «no recuerdo ahora, perdone», que destruyó todas mis ilusiones. A la

semana siguiente, no apareció la reseña, tampoco la de después, con lo que acabé en la Casa del Libro preguntando a uno de los empleados si tenían el último de Jansek Selimen, dado que no conocía ninguno de sus títulos —lo cual supuse me daba ante el dependiente un acusado aire de ignorancia—. «Creo que no ha llegado todavía», me contestó de primeras, «aunque no estoy muy seguro, los libros de este hombre se agotan tan rápido que no me da tiempo ni de verlos en las estanterías», dijo mirando el ordenador que, para variar, debía tener algún fallo aquel día, porque sólo figuraba un nombre, Jansek Selimen, y ninguno de sus títulos —una producción ingente por los cursores que marcaban las obras borradas—, colgando al final de la línea un (*AGOT*) que no mejoraba mucho las cosas. Busqué libros suyos en todas las librerías de la ciudad —no sé si me quedó alguna—, pero en todas, las obras de Selimen estaban agotadas o bien no habían llegado nunca. Pregunté a amigos, a parientes, a algún escritor conocido —cuyo nombre no voy a mencionar por no herir su orgullo mnemotécnico— e incluso a críticos afamados, pero ninguno recordaba el título de un libro de Selimen, aunque sí decían haber leído algo de lo que, para desgracia mía, no se acordaban de ningún modo. Gran cuentista, decían unos; tremendo novelista, soltaban otros; aunque lo mejor es su faceta ensayística, aseveraba alguno en la distancia. Hubo quien se atrevió a darme vagos retazos del comienzo de uno de sus relatos:

una mujer hacía relojes de cuco que, cada vez que marcaban las doce, abrían su puertita dejando salir una bandada de diminutos cuclillos que cu cu en grito, volaban esquivando cortinas, paredes, cuadros, y librerías hacia la estancia donde se encontraba el comprador del reloj, posándose sobre su cabeza y picoteándole doce veces cada uno de los pajaritos sobre el cuero cabelludo.

Luego aquel disparatado inicio caía en saco roto, pues el que pretendía ayudarme no recordaba de qué libro procedía dicha historia. Tampoco se ponían de acuerdo los expertos que consulté en cuanto a la procedencia del autor, pues mientras algunos le declaraban oriundo de Turquía, otros lo hacían de Egipto y alguno incluso lo daba por checo o húngaro. No me sorprendió que, en el discurso de entrega del más renombrado de nuestros premios literarios, el ganador de aquel año, mencionara el magisterio de Selimen como uno de los más influyentes e invisibles de su obra —supuse que quizá él y otros más se habían hecho con la mayoría de la producción impresa del autor—. Cuando, años después, Selimen fue

propuesto para el Nobel, y además lo ganó, no me extrañó que fuera el único que no acudió a la ceremonia de entrega. Pensé que el premio ayudaría a que, por fin, pudiera leer un libro de Selimen, aunque sabía de las dificultades que los de márquetin iban a encontrar para que concertara entrevistas y sus obras tuvieran en la solapa una fotografía del autor.

La corte milagrosa

En el Año de Nuestro Señor de 1643, vigésimo segundo del Reinado de su Majestad Felipe IV, mientras en la llanura de Rocroi agonizaban los Tercios, en la Corte de Madrid, llamada también *de los milagros*, los frailes Junípero de Hormigón y Ornacino de Pontes se disponían a resolver su particular cuita ante el juicio de Su mismísima Majestad.

El origen de tamaña pendencia debemos buscarlo en el *annus mirabilis* de 1625, recién tomada Breda a los holandeses, cuando Fray Ornacino, casi un muchacho, llegaba a la villa madrileña sin más avíos que el hábito y sus manos alargadas desde la Sevilla de los bullicios. Lo primero que se topó Fray Ornacino al cruzar el Puente de Toledo fue a un hombre que había perdido sus calzas de tanta carrera como llevaba, y que al grito de ¡Fray Junípero! ¡Fray Junípero! se alejó como alma que llevara el demonio. Un caminante, ante la sorpresa del joven fraile, le explicó que Fray Junípero había sanado a aquel individuo de su pierna coja. Impresionado ante tan magno y pío suceso, Fray Ornacino, no cejó hasta encontrar a Fray Junípero, cosa no muy dificultosa, en cuanto que éste había dejado el convento de San Francisco y se había instalado en una casona como protegido de la Duquesa de Mantua. Hasta allí llegó Fray Ornacino para admirar de cerca la apostura del santo. Y cierto era que Fray Junípero, hombre de galanura oculta tras su voto, tenía una apariencia milagrosa, ataviado con aquel hábito de rico lino y el anillo que brillaba en su mano izquierda. Fray Ornacino comprobó la admiración que despertaba Fray Junípero en los habitantes de la villa, pues no menos de cinco personas se acercaron en el escaso tiempo que estuvo allí para dejar su óbolo y por ventura besar el anillo de quien deparaba tantos y tan santos sucesos. Fue para Fray Ornacino aquello tal epifanía que, a partir de entonces, todos sus esfuerzos fueron a remedar en lo posible los pasos del

afamado Fray Junípero; primero, acogiéndose con entrega a su causa al proclamar sus milagros por los rincones de la capital del Imperio; después, ganada su confianza, participando de la protección de la Duquesa de Mantua, y disfrutando de algún que otro donativo que rebosaba de los bolsillos de Fray Junípero. Fray Ornacino aprendió también los usos y enseñanzas de tan piadoso maestro: reuniones a portón cerrado con cabecillas de bandas de menesterosos retando al peligro, confesiones nocturnas a la Duquesa en sus habitaciones privadas sacrificando el sueño, y redacción de cartas para nobles desterrados por orden del Conde Duque de Olivares en pos del entendimiento. Sea con este proceder de fiel servicio que, Fray Ornacino, acabó convirtiéndose en secretario de Fray Junípero, cobrando un salario modesto y actuando como su sosia, esto es; recibiendo a galloferos, pillos y pícaros de toda índole o confesando a la Duquesa de Mantua en sus habitaciones cuando la ausencia de Fray Junípero así lo aconsejaba. Fue poco tiempo más tarde cuando la villa comenzó a bullir con los milagros de Fray Ornacino, el hasta hacía poco coadjutor de Fray Junípero, y ahora residente en una casa situada en la punta opuesta del Alcázar donde vivía su maestro.

Los años vencían, aumentaban los apuros de la Monarquía y las miserias de sus súbditos con tanto enemigo y tormento, mientras se sucedía sin tapujos la contienda milagrosa entre Fray Junípero y Fray Ornacino. A cada curado de viruela de Junípero, Ornacino contestaba con un apestado redimido; a cada ciego devuelto a la luz no le iba a la zaga un manco con el brazo crecido. Hasta que en el año de 1642 los sucesos tomaron cuerpo bíblico. Fray Ornacino devolvió de la muerte a un pariente de la Duquesa de Mantua levantando el recelo en la Corte. Al poco presentábase una turba de andrajosos en el Alcázar llevando a una mujer de grandes barbas que sostenía a su hijo en los brazos dando gracias a Fray Junípero por haberla ayudado a concebir cuando todos la daban por hombre. A la vista de tan descomunales milagros, cada facción de la Corte suspiraba por uno de los santos. Los partidarios del Conde Duque adoptaron como protegido a Fray Junípero, alejado de la Duquesa de Mantua en cuanto que ésta y los

contrarios a Olivares habían tomado entre sus brazos la causa de Fray Ornacino, más joven e impetuoso que su maestro en las confesiones.

Fue en el Año de Nuestro Señor de 1643 en que comenzamos nuestros sucesos, cuando el Rey se comprometió a escoger a uno de aquellos dos santurrones como confesor real, convocándoles en audiencia pública. El Monarca, enterado de la derrota de los Tercios en Rocroi poco antes de recibir a los dos frailes santos, apareció dando gracias a Dios por darle ocasión de remediar los males patrios por medio de los dos virtuosos que ante sus ojos pugnaban por dar solución a una cuita que no era otra cosa que hacer el bien. Sin darles licencia para hablar, y ante la sorpresa del resto de la Corte, el Rey ordenó que al día siguiente fueran ordenados capellanes de campaña, y que en primera fila de combate, salieran para Flandes acompañando a los refuerzos españoles que habrían de salvar la reputación ante el francés. «Con tales hacedores de milagros, nada se puede perder», fueron las palabras de nuestro Rey Felipe mientras se retiraba a sus aposentos, ajeno a los boquiabiertos Fray Junípero y Fray Ornacino, que aún se miraban de hito en hito, como a punto de estallar en milagros.

La mañana del miércoles de ceniza del Año de Nuestro Señor de 1643, los refuerzos de Flandes partieron sin sus dos nuevos capellanes de campaña, despedidos entre las oraciones y el santiguarse del gentío por la suerte que les aguardaba sin la ayuda de los dos frailes santos. Mientras, en aquella Corte milagrosa, el valimiento del Conde Duque llegaba a su fin y los nobles de la Corte se calmaron cuando el Rey tomó por confesora a una monja de Ágreda a la que muchos otorgaban también el don del milagro.

Historias de mi pueblo

I

La de Charrito, que llegó a sus padres dentro del buche de un pelícano, oliendo a sal y pescado, el pelo borbollado de espuma. Y la de los otros niños, que montados en cigüeñas, vinieron con los ojos cegados de insectos como los faros de un coche tras largo viaje.

II

La de la Ermita del Casual, que una mañana aparecía en el cerro, a la siguiente en el bosque, a la otra encaramada a los roquedales de las hoces y alguna que otra en la plaza. Y sus feligreses, bendecidos con tanta fe que iban a ciegas a comulgar, y si alguna vez adivinaban la ubicación de la ermita y sus pecados eran perdonados, aprovechaban su plegaria para pedir a Dios que no se moviera tanto de sitio.

III

La del señor Teodomiro, el prestamista, que dejaba caer su sombra sobre los morosos convirtiéndoles en sonámbulos, y la última noche de cada mes recorría las callejuelas de madrugada tocando la flauta que llevaba siempre al cinto, a cuya música salían los deudores con los ojos cerrados de sus casas siguiéndole al desfiladero donde algunos pastores suelen despeñar las manadas de rebaño enfermo.

IV

La de Termópilas, que allá por el treinta y seis, armado con dos fusiles, cuatro granadas, cuatrocientas balas y dos botas de vino

afrontó solo en el estrecho del Aguado al 4.º Batallón fascista, teniendo en la fortuna tan mala baba que al oírles llegar se le aligeró el esfínter, se le secó la garganta, se trajinó las dos botas de vino poco antes de caer la noche, y quedó con tal tranca que el 4.º Batallón entero pasó por encima de su trinchera sin enterarse.

V

La de mamá cuando nos cuenta a los tres que a mi padre le llamaban *el abartolao* porque siempre se acababa tirando a la «Bartola», y en uno de esos tirones de holganza quedó mi madre sembrada, y como al bueno de mi padre le leyese la adivina del pueblo que al mundo le venía una trinidad, presto le crecieron alas en la espalda, convertido en buen espíritu santo, paloma muy blanca que hizo de la lengua de mi madre llamas que chisporrotearon palabras de fuego mientras él volaba.

Los secretos de Denver Pudget

De niño a Denver Pudget le confundían con un ángel. Pálido, de greñas rubias, ojos azules como el cielo ventado de Tejas. Al que se cruzaba con él le obsequiaba una sonrisa de las que no dejan tiznajo de mugre. Ahora, Denver juega al póquer con los muertos, y cada vez que pierden le revelan un secreto de los vivos. No es que él lo quiera, no, es que a algunos se les conceden cartas sin pedirlas porque son capaces de aguantar la banca. Así, Pudget sabe que, Marion, la mujer más deseada del pueblo, aún no ha tenido un orgasmo por culpa de la precocidad eyaculatoria de su marido. También conoce que, Tien Min, el carnicero, no es un chino retaco y cetrino, sino el último representante de una saga milenaria, los Suo, que concibieron y levantaron la Gran Muralla. Partida a partida, los muertos le han revelado que David Frinton se masturba rememorando el canalillo de su mujer fallecida hace diez años y, Laura Meyers, la bibliotecaria, duerme con un ejemplar de *Cumbres borrascosas* bajo la almohada, como quien deja un diente al ratón y espera un Heathcliff por la mañana.

Denver Pudget gana partidas casi sin proponérselo; los muertos no se enfadan, abren sus mandíbulas y sueltan unas carcajadas lisérgicas, porque si hay algo que tienen es paciencia. A Denver se le muestra que, Marion, tras derramarse su marido, explora con las manos un mapa que va desde sus muslos al vientre. Tiembla con las pesadillas que Tien Min, el carnicero, tiene con los ancestros de los Suo, culpándole de la extinción de su casa y el futuro derribo de la Gran Muralla. Siente la descarga de David Frinton cada noche sobre la visión de los hermosos pechos de su esposa fallecida, y constata que la bibliotecaria, Laura Meyers, lee por tercera vez *Cumbres borrascosas* soñando con un caballero del pasado que la monte en un carro de futuro.

Aburrido de ganar, Pudget siente curiosidad por saber qué ocurre si pierde y los muertos ganan. Quizá entonces le revelen su propio secreto.

Un día saca trío, póquer los muertos.

A Denver Pudget le crecen alas y le revelan que, en adelante, velará porque el cuerpo glorioso de Marion sustituya a la glorificada esposa de David Frinton, y la bibliotecaria Laura Meyers encuentre a su Heatcliff en Tien Min para que los Suo engendren la saga que siga guardando sus murallas.

La teoría del dominó

Dios a un lado de la mesa, al otro el Diablo. Al principio Dios coloca las fichas de pie, una detrás de otra, en hilera de cebras. El Diablo tira la primera ficha, ésta empuja a la siguiente, luego a la otra, y Dios no se inmuta, y el Diablo ríe viendo caer las fichas, hasta que Dios mete la mano y las fichas paran de tumbarse. Entonces el Diablo recoge las caídas, Dios retira las que aún se yerguen, y la partida vuelve a empezar.

La realización

A Víctor García Antón

El jugador de baloncesto llega a la cancha una de esas tardes de otoño en las que va anocheciendo temprano. El aro está allá arriba, en la soledad donde la mayoría de manos no alcanzan. El jugador sabe que nadie le cortará el camino hacia la canasta, que no habrá manos que le incomoden, pero también sabe que no habrá posible pase, que habrá de ser él quien ensaye el tiro, porque es un tirador de seis veinticinco, y los tiradores de larga distancia se la juegan en un uno contra uno con el aro. La luz tibia que arropa la cancha se va retirando. Un solo minuto está hecho de sesenta momentos, y cada momento es una oportunidad, un intento posible, por eso el jugador se acerca a la canasta, mira, bota, se aleja y remira, como si con cada amago de tiro quisiera mostrar confianza y a la vez respeto al aro. En alguno de los acercamientos, al levantar la vista, el aro se aparece enorme, como un profundo agujero que fuera a tragarse la pelota, aunque al parar de botar y preparar el tiro se vuelva chico como un anillo de bodas encajado en el meñique de un aventurero. El jugador comprende que la canasta será sólo suya, también la culpa del fallo, y la muñeca parece posarse sobre el caucho más pesada, endurecido el bote. El jugador de baloncesto percibe que cuanto más bote la pelota más se oscurece el aire, y si el aro no está relleno en su diámetro más que de ese aire, el balón tendrá que iluminar la oscuridad y quizá no dé con el aro. Al jugador le empieza a resbalar el sudor por la frente, intuye que cada bote es un momento menos, los dedos se contraen, la palma se humedece. Hay que tirar, el duelo termina con el disparo, la gloria del enceste pasa por realizar el tiro, pero la luz va desvaneciéndose y al tirador se le ciega el aro. Para de botar, la noche al acecho. Mira al frente, sube el balón, lanza la muñeca adelante, seguro de que es toda su fe lo que requiere este tiro.

Pájaros en los bolsillos

A Guillermo

Le despreciaban por sacar pájaros de los bolsillos. Guille sólo ahuecaba el pantalón, subía las hebillas y el batir de alas rompía el aire. Los chavales le rodeaban, estirajándole los pantalones, dándole empellones, curtiéndole de cardenales. En verano, el sudor le chorreaba por el pelo negruzco, enraizado a pico en la frente, trasquilado como el de los alimoches hambrientos. La primera paliza se la dieron cuando vivía aún su madre. Ella amaba las golondrinas. De muy niño, a Guille le salían golondrinas de los pantalones que hacían sus nidos entre las tejas y la cornisa de su casa. Un día, los chicos del pueblo destrozaron los nidos a pedradas, más tarde sus ventanas y después la piel de Guille. Desde entonces sólo hablaron sus bolsillos. Tuvo tiempo la madre de ver urracas encaramadas al tejado y alguna que otra corneja antes de dejar el mundo. Después Guille vagabundeó por los campos y hay quien le vio perderse en dirección a las montañas. Unos veranos más tarde, una nube de cuervos negra como el hollín cubrió el cielo y bajó desde las cumbres sobre el pueblo devastando sembrados y cosechas. Grupos de hombres armados peinaron las montañas que dominaban desde su altura al pueblo. A Guille nunca le encontraron. Hace bien poco, alguien dijo haber visto una cigüeña al atardecer, posada en la chimenea de su casa medio derruida, pero nadie creyó algo tan raro por estas tierras. Hay muchos en el pueblo que auguran la llegada de los buitres. Entonces, avisan, más valdrá que nos santigüemos.

AGRADECIMIENTOS

PARA LOS QUE TAMBIÉN CONTRIBUYERON A DAR VUELO
A ESTOS *Pájaros* HACE YA LA FRIOLERA DE DIEZ AÑOS…

A mi madre, por darme la oportunidad de venir al mundo y vivir esta vida tan maravillosa. A mi padre, porque echándole en falta, propicié tantas historias… A los dos, mi amor.

A mis hermanos, porque sin su presencia crecer hubiera sido muy aburrido y todos estos cuentos los nací jugando con ellos.

A mis abuelos porque todos me recrearon bonitas historias. Antonio, Antonia, Josefina, cuánto aprendí… y Francisco Benito, ¿qué me hubieras tú contado?

A todos los amigos que me acompañaron mientras creaba este libro, especialmente a Ramón, porque siempre tuvo una palabra de ánimo y escucha.

A Ángel Zapata, que confió en mi escritura y me dio magisterio.

A Medardo Fraile, por su generosidad y esas maravillosas charlas y cartas llenas de consejos.

También a Nuria Azancot, por su apoyo.

A Poli Navarro por sus animosos correos.

A Antonio J. Morato también por su apoyo.

A Jacques Pirenne, desde mi infancia en *La Corte Milagrosa*.

A René Avilés Fábila, por su lectura en *El saurio del sueño*.

Y a todos los que me dieron algo de sí mismos en aquellos días, ya tan lejanos, de *Pájaros en los bolsillos*.